

Audiolibro Servidumbre Humana W
Somerset Maugham Cap Tulos Del 12
Al 21

Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con www.Ensayo.icu. These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional www.Ensayo.icu no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.

Contacto www.Ensayo.icu ¡Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!

Texto enviado por - **Samantha West (Castro Valley)** - - - - 12. Con el tiempo la deformidad de Philip dejó de interesar a sus compañeros. Era aceptada como los cabellos rubios de uno o la excesiva corpulencia de otro. Pero, mientras tanto, el niño se había vuelto extraordinariamente sensible. Evitaba correr siempre que podía, pues no ignoraba que su defecto se hacía más ostensible de ese modo, y había adoptado una manera especial de andar. Permanecía inmóvil todo el tiempo que le era posible, con el pie deforme escondido detrás del otro, para que no llamara la atención, y estaba siempre alerta ante cualquier alusión posible. Como no podía tomar parte en los juegos de los otros niños permanecía extraño a sus vidas y lo que hacían le interesaba sólo como espectador. A veces parecían creer que Philip no jugaba a la estaca por capricho y él no trataba de convencerlos de lo contrario. Le dejaban solo durante mucho tiempo. Por naturaleza hubiera sido hablador, pero poco a poco fue volviéndose silencioso. Empezó a sentir la diferencia que había entre él y los otros. Singer, el mayor de los muchachos que dormían en el dormitorio, le había tomado antipatía, y Philip, más pequeño que él, se veía obligado a soportar sus malos tratos. Hacia la mitad del trimestre, en el colegio se extendió la costumbre de jugar a un juego que se hacía con plumillas. Jugaban de dos en dos, sobre una mesa o sobre un banco, con plumillas de acero. Era necesario empujar la plumilla con la uña hasta colocar la punta sobre la de su adversario, el cual maniobraba para impedirlo y trataba de colocar la punta de su pluma sobre el dorso de la de su contrario. Una vez obtenido este resultado se humedecía la yema del pulgar con el aliento y se apoyaba aquella fuertemente sobre las dos plumas. Si se acertaba a levantar éstas sin que se cayeran, quedaban ambas propiedad del que lo había conseguido. A los pocos días viose a todos los muchachos dedicados a jugar a aquel juego, y los más hábiles acabaron por ganar gran cantidad de plumillas. Pero mister Watson, convencido de que aquello era una variante del juego de azar, lo prohibió y confiscó todas las plumas. Philip había llegado a ser muy hábil y con gran dolor tuvo que abandonar su ganancia. Pero tenía muchas ganas de jugar, y pocos días después, cuando se dirigía al campo de deportes, entró en una tienda de objetos de escritorio y compró un penique de plumillas. Guardóselas en el bolsillo sin deshacer el paquetito y las tocaba, experimentando al hacerlo un indudable placer. Singer se le acercó. Aunque éste también había tenido que entregar todas las suyas conservaba en su poder una que se llamaba Yumbo y que era casi inconquistable. Singer sintió la irresistible tentación de ganarle las plumillas a Philip y aunque éste sabía que estaba en desventaja con sus plumillas pequeñas, su espíritu aventurero le empujó a tentar la suerte; por otra parte, sabía que Singer no le hubiera permitido que se negara a jugar. No jugaba desde hacía una semana, por lo que inició la partida presa de cierta excitación. Perdió en seguida dos de sus plumillas y Singer se mostraba contento y satisfecho de su éxito; pero la tercera vez la casualidad hizo que Yumbo se colocase de través y Philip pudo poner una de sus pequeñas plumas sobre la pluma adversaria. Iba a triunfar, pero en aquel momento se presentó el director. — ¿Qué estáis haciendo? — preguntó. Miró primero a Singer y luego a Philip, pero ninguno de los dos respondió. — ¿No sabéis que he prohibido este juego, idiotas? El corazón de Philip empezó a latir con violencia. El niño sabía lo que le esperaba y sintió un miedo tremendo, mezclado con cierta alegría. No había sido castigado nunca. Seguramente iban a hacerle daño, pero sería algo de lo que más tarde podría enorgullecerse. — Venid a mi despacho. El director salió y los dos muchachos le siguieron. Singer dijo por lo bajo a Philip: — ¡Ya estamos! El director hizo una señal a Singer. — ¡De rodillas! Palidísimo, Philip vio cómo su compañero se retorció a cada golpe. Al tercero le oyó gritar. Siguió tres más. — ¡Basta! Levántate. Singer se levantó. Tenía el rostro inundado de lágrimas. Mister Watson miró un instante a Philip. — No te pegaré. Eres nuevo en el colegio.

Además, no puedo pegar a un lisiado. Idos juntos y no lo hagáis más. En la sala de estudio encontraron esperándolos a un grupo de alumnos que habían sido informados misteriosamente de lo acontecido, los cuales, agitados, rodearon a Singer y le acorralaron a preguntas. Singer estaba todavía encarnado y en su rostro se veían aún las señales de las lágrimas. Se volvió, señalando con la cabeza a Philip que iba tras él. —Ése se libró porque es un lisiado —dijo con gran irritación. Philip hizo un gesto y enrojeció. Vio que le miraban con desprecio. — ¿Cuántos te han dado? — pregunto un niño. Singer no respondió. Los golpes le dolían todavía. —No me hables más de jugar contigo —dijo encolerizado a Philip—. Es muy cómodo no arriesgar nada. —No he sido yo el que te lo ha propuesto. — ¡Ah!, ¿no? Con un movimiento rápido avanzó un pie para hacerle la zancadilla. Philip, que nunca se había sostenido muy seguro sobre sus piernas, cayó pesadamente. — ¡Lisiado! —le dijo una vez más Singer. Durante aquel trimestre los pensionistas atormentaron a Philip a pesar de que hacía todo lo posible para evitarlo; pero el local era tan pequeño que los encuentros menudeaban. Intentó mostrarse amable con Singer y hasta le regaló un cortaplumas. Singer lo aceptó, pero sin reconciliarse con Philip. Una vez, desesperado, Philip se lanzó sobre Singer dándole una gran cantidad de puñetazos y puntapiés, pero Singer era mucho más fuerte, así que después de una tortura más o menos larga, Philip se vio obligado a pedir perdón. Esto era el mayor tormento para el niño, el cual no podía sufrir la humillación de tener que ofrecer excusas. Cada palabra que se veía obligado a pronunciar le producía un dolor insoportable y lo peor era que aquello no llevaba trazas de acabar pronto. Singer tenía once años y no pasaría a la clase superior hasta que cumpliera trece. Philip se daba cuenta de que había de vivir dos años más en compañía de un atormentador del que no podía huir. Sólo era feliz durante las horas de estudio y cuando estaba en la cama. Y, a menudo, experimentaba todavía la extraña sensación de que su vida, con todos aquellos sufrimientos, no era más que un sueño y que a la mañana siguiente se despertaría en su camita de Londres. 13. Pasaron dos años; Philip estaba próximo a los doce. Era el segundo de la clase y llegaría a ser el primero cuando algunos de sus compañeros pasaran a la escuela superior. Poseía ya una discreta colección de premios: libros sin valor impresos en papel de pésima calidad y con vistosas tapas que llevaban el sello del colegio. Su situación de escolar aplicado le había liberado del tormento; no se sentía ya infeliz. Sus compañeros le perdonaban sus éxitos a causa de su deformidad. —Después de todo —decían— para él es fácil ganar los premios; no puede hacer otra cosa que estudiar. Ya no tenía miedo a mister Watson. Se había habituado a su vozarrón y cuando sentía sobre la espalda la pesada mano del director tenía la vaga impresión de que recibía una caricia. Estaba dotado de excelente memoria, lo cual, en la escuela, es más útil que la inteligencia, y sabía que mister Watson esperaba que conquistase, cuando dejara la escuela preparatoria, una plaza gratuita en el colegio. Sin embargo, se había vuelto muy sensible. Un niño recién nacido apenas se da cuenta de que su propio cuerpo es más suyo de lo que lo son los objetos que le rodean; choca con sus propios pies sin saber que son más suyos que el babero que lleva en el cuello. Más tarde, cuando sufre, comprende lo que su cuerpo es para él. Experiencias de este género son necesarias para que el individuo adquiera la conciencia de sí mismo. Pero acaso porque para algunos el cuerpo no representa un organismo completo y aislado, no todos tienen la conciencia de su personalidad autónoma y completa. El sentimiento de la individualidad nace a menudo con la pubertad, pero no siempre se desarrolla en un grado tal que haga ver la diferencia existente entre un individuo y su próximo inmediato en relación consigo mismo. Y en este caso el tal tiene tan poca conciencia de sí como la abeja de la colmena. Y es el más afortunado porque tiene la mayor posibilidad de ser feliz. Comparte su actividad con los otros, y goza sus placeres en común. Tales individuos son los que vemos danzar en Hampstead Heath el lunes después de Pentecostés, los que hacen número en los campos de deportes o aplauden un cortejo real desde las ventanas de un círculo en Pall Mall. Y a causa de todo esto el hombre ha sido llamado «animal sociable». Philip pasó desde la inocencia infantil a ser objeto de los sarcasmos que provocaba su pie deforme. Las circunstancias de su caso eran tan especiales que resultaba imposible aplicarle las reglas establecidas para las personas normales. El niño fue obligado a pensar; sus muchas lecturas le habían llenado la mente de ideas, para comprender las cuales daba rienda suelta a su fantasía. Pero algo se desarrollaba en su interior, tras de su dolorosa timidez, empezaba a darse cuenta de un modo vago de su propia personalidad. A veces tal hecho le procuraba una sorpresa: hacía algo sin saber por qué y cuando más tarde reflexionaba sobre ello se encontraba desorientado. Entre Philip y un niño que se llamaba Luard se había establecido cierta amistad. Un día, mientras jugaban juntos en la sala de estudios, Luard manoseaba una pluma de ebonita perteneciente a Philip. —Ten cuidado —le dijo éste—. Acabarás por romperla. —No te preocupes. Apenas había acabado de decir esto cuando la pluma se le cayó de las manos y se rompió. Luard miró desolado a Philip. — ¡Oh, cuánto lo siento! Las lágrimas resbalaron por las mejillas de Philip. —Y bien, ¿qué tienes? —le preguntó estupefacto Luard—. Te compraré otra igual. —No es por la pluma —respondió Philip con voz temblorosa—. Es porque me la dio mi mamá poco antes de morir. — ¡Oh, cómo lo siento, Carey! —No importa; no es culpa tuya. Philip cogió los dos trozos de la pluma y se los guardó. Trató de contener los sollozos. Sentíase más que desgraciado, aunque en

realidad ignoraba la causa, pues bien recordaba que la pluma la había comprado durante sus últimas vacaciones en Blackstable por un chelín y dos peniques. No sabía por qué había inventado aquella historia sentimental, pero sentíase tan desgraciado como si fuese verdadera. La atmósfera devota del vicariato y el espíritu religioso del colegio habían influido mucho en su sensibilidad. Poco a poco se había insinuado en él la convicción de que el Tentador estaba siempre al acecho para hacerse con su alma inmortal. No era más sincero de lo que generalmente son los muchachos a su edad, pero no decía una mentira sin que sintiera remordimientos. El recuerdo del incidente que acabamos de contar lo turbó durante mucho tiempo, impulsándole a buscar a Luard para decirle que se trataba de una invención. Las humillaciones le hacían sufrir más que otra cosa, pero durante dos o tres días saboreó la dolorosa alegría de mortificarse por la mayor gloria de Dios. En realidad, se limitó a esto, tranquilizando su propia conciencia con el sistema, mucho más práctico, de confesar su arrepentimiento al Omnipotente. Sin embargo, no acertó a explicarse por qué la historia que contó a Luard le había conmovido de tal modo. Las lágrimas que inundaron su demacrado rostro eran lágrimas de veras. Por una extraña asociación de ideas le vino a las mientes la escena ocurrida cuando Emma le anunció la muerte de su madre, y él, mudo por el copioso llanto que le apretaba la garganta, había insistido en ir a despedirse de miss Walkins y de su hermana a fin de que éstas vieran su dolor y le compadeciesen. 14. Una oleada de devoción atravesó el colegio. No se oía ninguna palabra malsonante y la charla de los alumnos más jóvenes era reprimida con severidad; los mayores, como los señores de la Edad Media, decidieron valerse de la fuerza de sus brazos para hacer que los más débiles se encaminaran por el sendero de la virtud. Philip, cuyo cerebro se hallaba siempre ávido de novedades, se mostró muy devoto. Habiéndose enterado de la existencia de una Sociedad Bíblica, escribió a Londres pidiendo detalles. Los detalles llegaron en forma de una especie de contrato que era preciso llenar con el nombre, edad y dirección del colegio a que pertenecía el interesado, declarando éste a continuación que hacía promesa de leer todas las noches, durante un año, un fragmento de la Sagrada Escritura, y de la entrega de media corona para contribuir a los gastos y demostrar la seriedad del deseo del nuevo socio. Philip mandó la hoja firmada y el dinero y recibió en cambio un calendario de un penique, en el cual estaba indicado el fragmento que debía leer cada día, y una hoja de papel en la que aparecía impreso en un lado el Buen Pastor con el cordero, y en el otro, enmarcada artísticamente por una franja roja, una plegaria que era necesario recitar antes de dar principio a la lectura. Cada noche se desnudaba el niño con gran rapidez a fin de cumplir su deber antes de que cerraran el gas. Leía atentamente, como siempre, y sin espíritu de crítica, relatos de crueldades, engaños, ingratitudes, deshonestidades y ruines astucias. Hechos que habrían despertado en él un gran horror al verlos en la vida de cada día, eran admitidos por él en la lectura, sin comentarios, porque habían sido ejecutados bajo la inspiración de Dios. El sistema de la Sociedad era alternar un libro del Viejo Testamento con uno del Nuevo. Una noche aparecieron bajo los ojos de Philip estas palabras de Jesucristo: De cierto os digo que si tuviereis fe y no dudareis, no sólo haréis esto de la higuera, mas si a este monte dijereis: «Quítate y échate en el mar», será hecho. Y todo lo que pidieréis en oración, creyendo, lo recibiréis. No sintió ninguna particular emoción. Pero el domingo siguiente las eligió el canónigo como tema de su sermón. Aunque Philip hubiera querido escucharlas no le hubiera sido posible porque los alumnos de la King's School estaban en el coro y como el pulpito se hallaba situado en un ángulo de la nave, el predicador daba casi por completo la espalda a los niños. La distancia era tan grande que hubiera sido necesaria una voz muy sonora y fuerte y una perfecta dicción para hacerse oír del coro. Y siguiendo una larga tradición, los canónigos de Tercanbury eran elegidos por su ciencia más que por las excelencias de su voz; pero las palabras del texto, quizá porque las había leído recientemente, sonaron con bastante claridad en los oídos de Philip, y de súbito le pareció que poseían un significado personal. Estuvo pensando en ellas casi durante todo el tiempo que duró el sermón, y por la noche, cuando se fue a la cama, hojeó nuevamente el Evangelio hasta dar con aquella frase. Aunque creía de un modo implícito todo cuanto veía escrito en letras de molde, había ya notado que en la Biblia algunas cosas que parecen transparentes tienen un significado misterioso muy distinto. En el colegio no tenía a nadie a quien preguntárselo. Esto hizo que su curiosidad persistiese hasta las vacaciones de Navidad. Era después de la cena, una vez terminados los rezos. Mistress Carey contaba los huevos que Marian había llevado al comedor y escribía la fecha sobre cada uno. Philip, sentado junto a la mesa, fingía hojear distraídamente las páginas de la Biblia. —Perdóneme, tío William. ¿Esta frase significa verdaderamente lo que dice? Se la señaló con el dedo, como si en aquel momento la hubiese descubierto por casualidad. Mister Carey le miró por encima de los lentes. Sostenía con sus manos, frente al fuego, el Blackstable Times, que estaba todavía húmedo de tinta. El vicario solía airearlo durante diez minutos antes de leerlo. —¿Qué frase? —preguntó. —Aquella que dice que la fe puede mover las montañas. —Si está escrito en la Biblia será verdad, Philip —respondió dulcemente mistress Carey cogiendo el cestillo de la plata. Philip miraba a su tío esperando que le respondiera. —Es un artículo de fe —dijo éste finalmente. —Entonces, si uno se cree firmemente capaz de transportar una montaña, ¿puede llegar a hacerlo? —Con la gracia de Dios —afirmó el pastor. —Ahora da

las buenas noches a tu tío —dijo en aquel momento tía Louisa—. Supongo que no tendrás el propósito de transportar montañas esta noche. Philip presentó la frente a su tío para el beso de costumbre y subió tras mistress Carey la escalera. Había conseguido la información deseada. Hacía mucho frío en su pequeño cuarto y el niño tiritaba mientras se ponía el camisón. Pero estaba convencido de que sus plegarias eran más gratas al Señor si eran dichas sufriendo al mismo tiempo algunas molestias físicas. El frío que sentía en sus manos y en sus pies era una ofrenda que hacía al Omnipotente. Aquella noche cayó de hinojos, escondió el rostro entre las manos y suplicó a Dios, con todo el fervor de que era capaz, que le curara el pie contrahecho. ¡Era bien poca cosa comparado con el hecho de mover una montaña! Sabía que Dios podía lograrlo si quería y su fe era completa. Al día siguiente por la mañana terminó sus oraciones con la misma petición y fijó una fecha para el milagro. —Dios de bondad y de misericordia, si es Tu voluntad, cura mi pie la noche anterior a mi retorno al colegio. Sentíase contento por haber encontrado una fórmula para su súplica, y la repitió más tarde en el comedor, durante la breve pausa que el vicario hacía siempre antes de ponerse en pie, terminada la oración. La repitió una vez más por la noche mientras tiritaba de frío antes de meterse en el lecho. Creía. Y esperaba con ansiedad el fin de las vacaciones. Reía en su interior pensando en el estupor del tío cuando le viera descender, la escalera de cuatro en cuatro; después del desayuno se vería precisado a salir en compañía de tía Louisa a comprarse unos zapatos nuevos. En el colegio se quedarían todos con la boca abierta. — ¡Eh, Carey! ¿Qué le ha ocurrido a tu pie? —le preguntarían. — ¡Oh, está completamente curado! —respondería con indiferencia, como si fuera la cosa más natural del mundo. Podría jugar al fútbol. Le latía el corazón aceleradamente al verse con la imaginación corriendo más que los otros. Al terminar el trimestre de Pascua se celebraban en el colegio competiciones deportivas; se veía participando en las carreras, saltando obstáculos. ¡Qué cosa tan maravillosa ser como los demás, no verse observado con curiosidad por los recién llegados y no tener que tomar increíbles precauciones cuando iba a bañarse durante el verano para esconder su pie hasta el momento de entrar en el agua! Rogaba con toda la fuerza de su alma. Ninguna duda empañaba su espíritu. Tenía fe en las palabras de Dios. La noche anterior al día fijado para su retorno al colegio se fue a acostar tembloroso de excitación. Nevaba y tía Louisa se permitió el lujo, inusitado, de encender la estufa en su dormitorio. Pero en la habitacioncita de Philip hacía tanto frío que sus rígidos dedos se negaban a desabrochar el cuello. Daba diente con diente. Mas pensó que debía haber alguna cosa más de lo acostumbrado para atraer la atención de Dios, y quitó la alfombra colocada junto al lecho, para arrodillarse sobre el pavimento. A continuación le vino a las mientes que también la camisa era un lujo que podría desagradar al Señor; se la quitó y recitó la oración completamente desnudo. Se metió en el lecho y era tal el frío que tenía que tardó en dormirse. Al fin lo consiguió y cayó en un sueño tan profundo que Marian tuvo que sacudirle a la mañana siguiente cuando le llevó el agua templada. La criada le habló mientras separaba las cortinas; pero el niño no respondió. Recordaba que era la mañana del milagro y su corazón rebosaba de alegría y de gratitud. Su primer impulso fue pasar la mano por el pie, que debería haberse transformado, pero le pareció que si hacía esto era dudar de la bondad de Dios. Sabía que su pie estaba curado. Decidióse al cabo y pasó los dedos del pie derecho por el izquierdo. Luego se tocó con la mano. Bajó la escalera cojeando mientras Marian entraba en el comedor para la oración; luego se sentaron ante el café con leche. — ¡Qué silencioso estás esta mañana! —observó con extrañeza tía Louisa. —Piensa en el excelente desayuno que tendrás mañana en el colegio —repuso riendo el vicario. Cuando Philip contestó lo hizo del modo que más irritaba a su tío, esto es, diciendo una cosa que no tenía la menor relación con lo que se estaba debatiendo. El vicario afirmaba que aquello era una pésima costumbre. —Suponiendo que alguien pidiera a Dios que le concediera una gracia, seguro de obtenerla, como, por ejemplo, la de mover una montaña, y lo hubiese pedido con fe completa y luego no hubiera obtenido la gracia, ¿qué querría decir eso? — ¡Qué niño más extraño! —exclamó tía Louisa—. Hace dos o tres semanas ya preguntó algo sobre lo de la montaña. — Querría decir seguramente que la fe no era bastante profunda —respondió su tío. Philip aceptó la explicación. Si Dios no le había curado era porque él no creía bastante, y no sabía qué hacer para tener una fe más ardiente. O quizá sería que no le había dado a Dios bastante tiempo. Lo había pedido tan sólo durante diecinueve días. Pasados dos días volvió a empezar las plegarias, fijando como fecha el día de Pascua. Era el día que se celebra la gloriosa resurrección del Hijo Divino y sin duda Dios, dada su felicidad, estaría dispuesto a ser misericordioso. Pero Philip viendo que no conseguía su deseo, buscó otros medios. Formuló su deseo mirando a la luna en su primer cuarto o ante un caballo blanco, y pasó luego a contemplar el cielo, en espera de una estrella errante. Durante uno de sus días de vacaciones se mató un pollo en Blackstable y el niño rompió en compañía de tía Louisa el hueso de la fortuna, deseando la curación de su pie. Inconscientemente volvía los ojos hacia divinidades más antiguas que el Dios de Israel, pero no por eso dejaba de dirigir su plegaria al Omnipotente a cualquier hora del día, siempre que acudía a su pensamiento, repitiendo la frase con idénticas palabras, pues le parecía de la más alta importancia que su súplica fuera dicha siempre con los mismos términos. Mas empezó a dudar de que también esta vez su fe no fuera lo bastante viva. No

podía soportar la duda que le asaltaba y de su propia experiencia hacía una regla. —Creo que nunca ha tenido nadie la fe suficiente. Era como lo que le decía su niñera a propósito de la sal, que se podía coger un pájaro cualquiera sólo poniéndole una pizca en la cola. Una vez el niño había llevado un paquete a los jardines en Kensington, pero no consiguió acercarse lo suficiente a ningún pájaro. Antes de Pascua había renunciado a la lucha. Experimentaba un oscuro resentimiento hacia su tío, pues le parecía que se había burlado de él. El versículo de la Biblia era, evidentemente, de los que decían una cosa y significaba otra. Sí, su tío se había mofado. 15. La King's School de Tercanbury, el colegio donde ingresó a los trece años, se mostraba orgullosa de su antigüedad. Tenía su origen en una escuela abacial fundada con anterioridad a la «Conquista», en la que la enseñanza corría a cargo de monjes agustinos. Como muchas instituciones de su género, había sido reorganizada en la época de las destrucciones de los monasterios por los funcionarios de Enrique Octavo. De ahí su nombre de Escuela del Rey. Desde entonces había dado a los hijos de la burguesía local y a los de los que ejercían profesiones liberales del Kent una instrucción suficiente para sus necesidades. Un grupo de literatos, entre los que destacaba un poeta algo inferior a Shakespeare y un prosista del cual la generación de Philip sufría aún la influencia, habían salido de allí y habían conquistado la fama. Además, un grupo de eminentes abogados y algún que otro militar famoso provenían de aquel colegio. Pero durante los siglos siguientes a su separación de la orden monástica había formado principalmente hombres de Iglesia, obispos, deanes, canónigos y, sobre todo, pastores rurales. Entre los internos había niños cuyos padres, abuelos y bisabuelos habían sido educados en la misma aula, llegando a ser rectores de la diócesis de Tercanbury. Se entraba casi siempre en el colegio predestinado a consagrarse al servicio de Dios. Sin embargo, a veces se producían signos indicadores de un cambio, y algunos alumnos, repitiendo lo que habían oído en sus casas, decían que la Iglesia no era ya lo que había sido. No lo decían tanto por el dinero como por el hecho de que las personas que se dedicaban a ella no eran como las que antaño solían dedicarse. Dos o tres muchachos que conocían a curas hijos de tenderos habían preferido ir a las Colonias —las Colonias eran en aquel tiempo todavía la última esperanza de los que no encontraban nada que hacer en Inglaterra— en lugar de ser mandados por quienes no eran caballeros. En la King's School, igual que en el vicariato de Blackstable, se consideraba tendero al que no era propietario, y se hacía una sutil distinción entre el hidalgo del campo y el propietario. Era tendero el que no seguía una de las cuatro profesiones a que se veía obligado a pertenecer un señor. Entre los alumnos externos —unos ciento cincuenta, que pertenecían a la burguesía local o a familias de militares—, los que eran hijos de personas dedicadas al comercio debían ser tenidos a distancia y se les hacía sentir la inferioridad de su condición. Los profesores no eran partidarios de las nuevas ideas que a veces leían en el Times o en el Guardián y esperaban firmemente que la King's School permaneciera fiel a sus viejas tradiciones. Las lenguas muertas se enseñaban con tal encarnizamiento que, más tarde, los alumnos no podían pensar en Virgilio o en Homero, sin sentir rencor. En la escuela, durante la comida, se hablaba a veces entre los alumnos de las matemáticas y aunque algún espíritu audaz acertaba a sostener que el estudio de las mismas era extremadamente importante, la mayoría opinaba que el estudio de los clásicos era una materia mucho más noble. En la escuela no se daba clase ni de alemán ni de química. En cuanto al francés, era enseñado por un profesor de la clase inferior, el cual conocía perfectamente la gramática, pero era incapaz de pedir un café en Boulogne si el camarero no conocía un poco de inglés; mas esto no parecía tener la menor importancia. La geografía se demostraba haciendo diseñar al alumno mapas y más mapas, cosa que los muchachos hacían de buena gana cuando se trataba de países montañosos; sin embargo, se perdía demasiado tiempo en los Andes y en los Apeninos. Los profesores, que procedían de Oxford o de Cambridge, pertenecían al clero y eran solteros. Si por casualidad deseaban casarse, podían hacerlo a condición de que aceptaran una de las pequeñísimas parroquias que estaban a disposición del Capítulo. Pero desde hacía muchos años, ninguno había sentido el deseo de cambiar el ambiente refinado de Tercanbury, ni su sociedad militar y eclesiástica, por la monotonía de la vida en un lugar apartado; sin embargo, casi todos eran hombres de mediana edad. El director, por el contrario, tenía que ser casado y permanecía en su puesto hasta que llegaba a la edad de jubilarse. Cuando se retiraba era recompensado con una parroquia bastante mejor de la que podía esperar cualquier maestro, y, además, con una canonjía honoraria. Esto había durado mucho tiempo. Pero un año antes de que Philip entrara en el colegio se produjo un importante cambio. Varios meses antes la sordera del doctor Fleming, director del colegio desde hacía veinticuatro años, se había agravado de tal forma que hizo difícil que continuase su obra para la mayor gloria de Dios; por este motivo, cuando una parroquia de los suburbios de la ciudad, dotada con seiscientas libras, quedó vacante, el Capítulo se la ofreció de forma que le fuera fácil comprender que le había llegado la hora de retirarse. Con una renta así podría perfectamente atender a su salud. Dos o tres curas que esperaban obtener aquella prebenda dijeron entonces a sus mujeres que era un verdadero escándalo dar aquella parroquia, que necesitaba de un hombre joven, fuerte y enérgico, a un viejo que no sabía nada en absoluto del trabajo parroquial y que, además, tenía lo suficiente para vivir con holgura. Pero las murmuraciones del clero perjudicado se quedaron sin llegar a oídos

del Cabildo catedralicio. En cuanto a los feligreses, no tenían nada que decir, y nadie les pidió su opinión. Wesleyanos y anabaptistas tenían unos y otros su capilla. Una vez retirado el doctor Fleming era necesario buscarle un sucesor, y hubiese sido contrario a las tradiciones del colegio no elegirlo entre los profesores. Todos suspiraban por la nómina de mister Watson, que era ya director de la escuela preparatoria; se le podía considerar ya como director del colegio porque los profesores le conocían desde hacía veinte años y nunca se había disgustado con ninguno. Pero el Cabildo les reservaba una sorpresa. Nombró para el cargo a un tal Perkins. Nadie sabía quién era y su nombre no produjo buena impresión; y antes de que el estupor se hubiera disipado se supo que era hijo de Perkins, el negociante de tejidos y de géneros de punto. El doctor Fleming comunicó la noticia, antes de comer, en un tono que ponía en evidencia su consternación. Los que estaban sentados ya a la mesa acabaron de comer en silencio, sin hacer ningún comentario hasta que los criados hubieron dejado el comedor. Entonces se pusieron a hablar todos al mismo tiempo. El nombre de los presentes en aquella ocasión no tiene importancia, pero muchas generaciones los conocían con los sobrenombres de Suspiro, Alquitrán, Rayo, Jeringa y Pat. Todos se acordaron de Tom Perkins. En primer lugar, no era un señor. Le recordaban perfectamente: un muchacho bajito, moreno, con largos cabellos negros, siempre revueltos y grandes ojos, negros también. Parecía un gitano. Había estudiado en el colegio como externo y había obtenido la mejor beca, por lo que su educación no le había costado un céntimo. Desde luego, había sido un alumno muy aventajado. Cada año conseguía diversos premios. Era el alumno modelo por excelencia y todos recordaban aún con amargura que una vez había intentado obtener una beca en un colegio más importante. En aquella ocasión el doctor Fleming había ido a visitar al padre —todos recordaban la razón social Perkins y Cooper, situada en San Catherine Street—, para decirle que esperaba que Tom permanecería con ellos hasta el momento de ir a la Universidad. El colegio era un gran cliente de la tienda, así que mister Perkins se vio obligado a consentir. Tom Perkins continuó obteniendo triunfos. Era el mejor alumno que el doctor Fleming recordaba haber tenido en el colegio en lo que se refería a los estudios clásicos, y cuando dejó el colegio lo hizo llevándose la bolsa de estudio más importante que aquél podía ofrecerle. Obtuvo otra en el Magdalen, de Oxford, e hizo una carrera universitaria brillantísima. La revista de la escuela hablaba cada año de las distinciones de que era objeto, y el mismo doctor Fleming escribió algunas palabras de elogio cuando el antiguo alumno de la King's School alcanzó el grado de doctor. Sus antiguos maestros acogieron con gran satisfacción la noticia de su éxito, pero por aquel entonces la razón social Perkins y Cooper había perdido toda su importancia. Cooper se había dado a la bebida y poco antes de que el joven se graduase de doctor su socio había tenido que llevar los libros a los tribunales. A su tiempo Tom Perkins tomó las órdenes sagradas y entró en la carrera para la cual estaba tan bien preparado. Había desempeñado una plaza de maestro auxiliar en Wellington y luego otra en Rugby. Pero había una gran diferencia entre estar satisfecho por sus éxitos en otros colegios y tenerlo por superior. Alquitrán le había puesto a menudo deberes que llenar y Jeringa le había suministrado algunos bofetones. ¿Cómo podía haber cometido el Capítulo tal error? Nadie podía olvidar que Perkins era hijo de un comerciante que había quebrado y que el alcoholismo de Cooper aumentaba el deshonor. Decíase que el decano había sostenido con firmeza su candidatura. Sin duda invitaría a comer a su protegido, pero la comida, tan agradable, ¿no dejaría de serlo teniendo a Tom Perkins por compañero de mesa? Y los nobles, los militares, ¿qué pensarían? No podían recibirlo como a uno de los suyos. Aquello era un daño de incalculable trascendencia para el colegio. Muchos padres se mostrarían descontentos. No sería nada de extraño que se llevasen a sus hijos del colegio. ¡Y, para colmo, la indignidad de tenerle que llamar mister Perkins! Los profesores pensaron un momento en presentar la dimisión en masa en señal de protesta, pero el temor de que la aceptaran acabó por contenerlos. —No queda más remedio que aceptarlo —terminó por decir Suspiro, que desde hacía veinte años desempeñaba la clase quinta con una incompetencia sin par. Al ver a Perkins estuvieron muy lejos de sentirse tranquilizados. Fleming le invitó a almorzar para presentarse. Perkins era en la actualidad un hombre de treinta y dos años, alto y enjuto que conservaba el aspecto extravagante y desaliñado de sus primeros años. Llevaba sus mal cortados vestidos puestos a la buena de Dios. Tenía los cabellos largos y negros como siempre —no había aprendido a peinárselos—; le caían sobre la frente al menor movimiento y con un rápido gesto de su mano se los echaba hacia atrás. Lucía bigote negro y la barba le cubría casi los pómulos. Habló con los profesores de un modo desenvuelto, como si hiciera poco tiempo que los había dejado, y feliz, evidentemente de volverlos a ver. Parecía no extrañar su nueva posición y tener por la cosa más natural del mundo oírse llamar mister Perkins. Al despedirse, uno de los maestros, por decir algo, observó que era demasiado temprano para tomar el tren. —Querría ir a dar un vistazo a la tienda —respondió Perkins alegremente. Hubo un momento de confusión. Todos parecieron turbarse ante aquella falta de tacto, y, para que la situación resultase todavía peor, el doctor Fleming, que no había oído lo dicho, pidió explicaciones. Su mujer se vio obligada a gritarle al oído: —Quiere ir a echar una ojeada a la antigua tienda de su padre. De los presentes, Perkins fue el único que no se sintió humillado. Volvióse hacia la señora. —A quién

pertenece ahora, ¿lo sabe usted? Mistress Fleming tardó en responder. Era muy seca de carácter. —Pertenece todavía a un comerciante de tejidos —dijo algo más tarde con cierta amargura—. Se llama Grove. Nosotros no vamos ya a comprar allí. —Quizá me deje visitar la casa. —Probablemente lo hará si le dice usted quién es. Después de la cena todos hablaron de lo que les preocupaba. Suspiro inició la conversación preguntando: —Y bien, ¿qué me dicen ustedes de nuestro jefe? Todos pensaban en la conversación que se había sostenido durante la comida, aunque en realidad no había sido una conversación sino un monólogo. Perkins no había dejado de hablar ni un solo momento. Hablaba muy de prisa, de una manera torrencial, con una voz profunda y sonora y, de vez en cuando, sonreía brevemente y mostraba sus blancos dientes. Le habían seguido con dificultad, pues saltaba de un argumento a otro con una rapidez a la cual no siempre era fácil adaptarse. Habló de pedagogía, cosa muy natural, pero se extendía sobre las modernas teorías alemanas, de las que no habían oído hablar nunca los demás. Ni que decir tiene que éstos cogieron sus frases con indiferencia. Habló también de los clásicos. Había estado en Grecia, interesándose por la arqueología, y pasándose un invierno entero haciendo excavaciones, cosa que al decir de aquellos profesores era completamente inútil para quien debía enseñar a los niños los estudios necesarios para poderse examinar. Habló mucho de política, sorprendiéndoles enormemente que parangonase a lord Beaconsfiel con Alcibiades, y cuando ellos aludieron a Gladstone y al Home Rule comprendieron por sus respuestas que era liberal. Sintieron que el corazón se les oprimía. Perkins habló también de filosofía alemana y de novelas francesas. ¿Cómo era posible que fuera profundo en alguna cosa un hombre que hablaba de todo lo imaginable? Rayo resumió la impresión general en unas conclusiones que estaban muy lejos de ser benévolas. Rayo estaba encargado del tercer curso superior. Demasiado alto para su endeble constitución, que hacía que le temblaran las piernas, tenía los párpados caídos y todos sus movimientos eran lánguidos y lentos. Producía una impresión de cansancio general y el paradójico apodo se adaptaba perfectamente a su persona. — ¡Es un entusiasta! —dijo. El entusiasmo les parecía una cosa vulgar, indigna de una persona cabal. El entusiasmo significaba cambio. Se les ponía la piel de gallina ante la idea del peligro inminente que iban a correr sus viejos y queridos hábitos. Apenas se atrevían a pensar en el porvenir. —Tiene más que nunca el aspecto de un gitano —murmuró uno de ellos tras una pausa. — ¿Quién sabe si estaban enterados ya antes de elegirle que se trataba de un radical? —observó otro con amargura. Y la conversación languideció. Todos se sentían demasiado turbados para hablar. Una semana después, Alquitrán y Suspiro se dirigían juntos al Cabildo para asistir a una sesión. Alquitrán, que pecaba de agorero y pesimista, dijo a su colega: —Hemos asistido a muchas juntas, ¿no es verdad? ¿Quién puede garantizarnos que asistiremos aún a otra? Suspiro parecía más melancólico que de ordinario. —En cuanto se quede una parroquia vacante me retiro. 16. Un año después, todos los antiguos profesores se encontraban todavía en su puesto, pero en el colegio se habían efectuado muchos cambios, a pesar de la pasiva resistencia de aquéllos, resistencia escondida bajo el aparente deseo de someterse a las ideas del nuevo director, pero no por ello menos tenaz. El maestro de la clase elemental continuaba enseñando francés en la escuela preparatoria, mas para enseñar esta asignatura en la clase superior fue designado un profesor doctorado en Filosofía en la Universidad de Heidelberg y con tres años de práctica en un instituto francés; este profesor enseñaba también alemán a los alumnos que renunciaban a aprender griego. Además, llegó otro nuevo profesor que se encargó de dar clase de matemáticas con más método que se había estudiado hasta entonces. Ninguno de estos dos profesores pertenecía al clero. Se trataba de una medida verdaderamente revolucionaria y los recién llegados fueron acogidos con marcada frialdad por el antiguo grupo de profesores. La creación de un laboratorio fue otra de las novedades, y la institución de un curso militar preparatorio. Todo el mundo estuvo de acuerdo en que el carácter de la escuela se hallaba completamente cambiado. ¡Y Dios sabe qué otros proyectos bullirían aún en la despeinada cabeza de Perkins! La escuela era pequeña; no podía albergar más de doscientos alumnos. Y resultaba difícil agrandarla, ya que estaba construida junto a la catedral. Todos los edificios adyacentes, a excepción de una casa en la que se alojaban algunos maestros, se hallaban ocupados por el clero de la catedral y no quedaba espacio para ulteriores construcciones. Pero mister Perkins se puso a estudiar un proyecto por medio del cual era posible obtener espacio suficiente para agrandar el colegio. Quería atraer alumnos londinenses convencido de que sería un bien para los muchachos de la ciudad establecer contacto con los de provincias y de que la mentalidad de éstos se desarrollaría más al tener trato con los niños londinenses. — ¡Pero eso va contra nuestra tradición! —exclamó Suspiro cuando Perkins le comunicó su idea—. Hasta ahora habíamos evitado el contacto corruptor de los niños de Londres. — ¡Qué tontería! —dijo Perkins. Nadie, hasta entonces, había hecho nunca observar al profesor que decía tonterías, y Suspiro se puso a meditar una respuesta en la que pensaba incluir alguna velada alusión a los géneros de punto. Pero mister Perkins, con su acostumbrada vivacidad, le impidió que abriera la boca. —Si al menos se casara usted... Pienso en la casa que hay junto al patio. Obtendría del Capítulo subirla hasta dos pisos y podríamos hacer dormitorios y aulas. Su mujer de usted nos ayudaría. El pastor se quedó estupefacto. ¿Por qué había de casarse?

Tenía cincuenta y siete años y tal edad no es propia ya para casarse. No era tiempo de pensar en fundar una familia. No tenía ningún deseo de cargar con una mujer. Si tenía que optar entre casarse o irse a una parroquia minúscula y retirada, la elección no era dudosa: elegiría la parroquia. No deseaba otra cosa que paz y tranquilidad. —No pienso casarme —respondió. Perkins le miró con sus ojos negros y brillantes, en los que brillaba una luz maliciosa que no vio el pobre Suspiro. — ¡Qué lástima! ¿Y no podría usted casarse para hacerme un favor? La cosa reforzaría mucho mis argumentos para decidir al decano y al Capítulo a que reconstruyan su casa. Pero la innovación más impopular de Perkins fue su sistema de sustituir de cuando en cuando a los profesores en todas las clases. Lo pedía como un favor, pero era un favor que nadie podía rehusarle. Además, como decía Alquitrán, llamado por otro nombre mister Turner, la situación, caso de negarle el favor, hubiera resultado poco digna para entrambos. Sin haber prevenido a nadie, tras las oraciones matinales, el director solía decir: — ¿Quiere usted encargarse de la sexta hoy a las once? Yo me quedaré en su lugar. ¿Conforme? Los profesores no sabían si era costumbre hacer tal cosa en las otras escuelas, pero lo cierto era que no se había hecho nunca en Tercanbury. Los resultados fueron curiosos. Mister Turner, que fue la primera víctima, anunció a sus alumnos que la lección de latín de aquel día sería compartida por el director, y con el pretexto de que los muchachos podían tener alguna duda, el profesor se pasó el último cuarto de hora de lección traduciendo por sí mismo el fragmento de Tito Livio que tocaba aquel día, a fin de que los muchachos no hicieran mal papel. Más tarde, cuando regresó de nuevo a su clase y miró los puntos que Perkins había puesto a sus alumnos, quedó asombrado. Dos muchachos, que eran los primeros de la clase, habían respondido muy mal, según veía, y, en cambio, otros que nunca se habían distinguido consiguieron muchos puntos. Preguntó a Eldridge, el más inteligente, lo que había sucedido. El muchacho respondió malhumorado: —Mister Perkins no nos ha mandado hacer ninguna versión. Lo único que nos ha preguntado es lo que sabíamos sobre el general Gordon. Mister Turner le miró estupefacto. Evidentemente, los muchachos se daban cuenta de que el director había querido burlarse de ellos y el maestro no podía menos de compartir aquella opinión silenciosamente. No le era fácil comprender la relación que pudiera existir entre Tito Livio y el general Gordon. Más tarde arriesgó una prudente pregunta. —Eldridge se ha quedado turulato ante su pregunta sobre el general Gordon —dijo al director fingiendo bromear. —He visto que estaba estudiando la ley agraria de Cayo Graco y se me ha ocurrido preguntarles si sabían algo de la preocupación agrícola de Irlanda. Pero de Irlanda no saben otra cosa sino que allí está Dublín y un río que se llama Liffey. He aquí por qué les he preguntado si sabían algo del general Gordon. Por lo visto, se producía el horrible hecho de que el director tenía la manía de la cultura general. En efecto, Perkins dudaba mucho de la utilidad de los exámenes sobre resúmenes estudiados para aquella ocasión y prefería el buen sentido y la apreciación de conjunto. Las preocupaciones de Suspiro aumentaron al correr del tiempo; no podía apartar de su pensamiento que mister Perkins le había dicho que fijara la fecha de su matrimonio y tampoco la manera especial con que el director hablaba de la literatura clásica. Suspiro era sin duda un hombre docto y se dedicaba a una tarea absolutamente digna de la tradición; estaba escribiendo un tratado sobre los árboles de la literatura latina. Pero el director, al saberlo, habló de la cosa con desenvoltura, como si se tratara de un pasatiempo sin importancia, una cosa así como el juego del billar, al que dedicaba sus ratos de ocio. En cuanto a Jeringa, el encargado de la tercera, se hallaba cada día más irascible. Cuando Philip volvió al colegio entró en la clase de este último. El reverendo Gordon era, dado su carácter impaciente e irritable, un hombre poco a propósito para ejercer de maestro. Como nunca tenía ante sí a nadie que le obligara a dominarse un poco, ya que en su clase los alumnos eran muy jóvenes, no frenaba jamás su propia violencia. Empezaba su clase con ira y la terminaba poseído de verdadero furor. De mediana estatura, corpulento, llevaba sus grises cabellos peinados en escobilla y lucía un hirsuto bigote. Poseía abultadas facciones y pequeños ojos azules. Su rostro se hallaba rojo siempre, pero durante los accesos de cólera tomaba un subido color de púrpura que tiraba a violáceo. Tenía el vicio de morderse las uñas hasta la misma carne, y cuando un escolar desaplicado hacía una traducción inexacta permanecía tras de su pupitre devorándose los dedos, temblando de rabia. Se contaban historias, a todas luces exageradas sobre su violencia; dos años antes se había producido en el colegio algún trastorno al saberse que el padre de un alumno llamado Walter quería denunciarle a la autoridad. A lo que parece, el profesor había golpeado al alumno en la cabeza con un libro, con tan mala fortuna que el oído del niño sufrió las consecuencias y el padre retiró al niño del colegio. La familia era de Tercanbury y en la ciudad aquel hecho despertó una gran indignación hasta el extremo de que el diario local trató de ella. Pero mister Walter no era más que un cervecero, así es que no fue tomado en consideración. Los demás alumnos, con tal de no parecersele, tomaron el partido del profesor, no obstante aborrecerle, y para demostrar su desaprobación porque el asunto hubiese trascendido, hicieron la vida imposible al hermano menor de Walter, que continuó interno en el colegio después del incidente. Pero mister Gordon había estado a punto de ser trasladado a una parroquia rural, y desde entonces no volvió a maltratar a ningún niño. El derecho de pegar a los niños en los dedos con la regla fue prohibido y Jeringa tuvo que contentarse, cuando

quería demostrar su cólera, con dar con el puño en su pupitre. Todo lo más que hacía era coger al niño por los hombros y sacudirlo, o bien lo castigaba teniéndole en pie con un brazo extendido durante un tiempo que variaba entre diez minutos y media hora. En cuanto a sus palabras, había continuado tan violento como siempre. Ningún maestro menos a propósito que él para un niño tímido como Philip. Éste entró en el colegio sintiendo menos terror que la primera vez. Era ya un adolescente y se daba cuenta instintivamente que en una clase más numerosa su deformidad pasaría casi inadvertida. Pero desde el primer instante mister Gordon hizo que sintiera un terror agudo, y el profesor, rápido en comprender cuándo un niño le temía, parecía sentir por él una antipatía especial. Philip había estudiado siempre con agrado, pero desde aquel momento empezó a mirar con verdadero horror las horas pasadas en clase. Antes que arriesgar una respuesta que podría ser equivocada, provocando con ello una tempestad de insultos del maestro, prefería permanecer estúpidamente silencioso, y cuando le llegaba el turno de ponerse en pie para traducir una frase latina se sentía enfermo y palidecía. Sus mejores momentos eran cuando la lección la daba mister Perkins. El muchacho estaba en condiciones de satisfacer la pasión del director por la cultura general, pues había leído muchos libros difíciles para su edad. A menudo, cuando una pregunta daba vueltas a la clase, mister Perkins fijaba su mirada en Philip con una sonrisa en los labios que llenaba de alegría al joven, diciéndole: — Adelante, Carey. Responda usted. Los puntos que ganaba en aquellas ocasiones no hacían más que aumentar el despecho de mister Gordon. Un día que Philip había de hacer una traducción, el profesor le miró iracundo, mordiéndose el pulgar; estaba de un humor pésimo. Philip empezó a hablar con voz temblorosa. — ¿Qué modo de rezongar es éste? —gritó el profesor. Philip notó que la garganta se le oprimía como si no pudiera hablar más. — ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Adelante! Cada vez la palabra era pronunciada con voz más iracunda. Fue como si el cerebro se le vaciara instantáneamente. El muchacho continuaba contemplando la página impresa sin verla. La respiración de mister Gordon se hizo jadeante. —Si no lo sabe, dígalo francamente. ¿Oyó usted lo que se dijo a propósito de esto la última vez? ¿Por qué no habla? ¿No lo oyó? Hable, cretino, hable. Se agarró a los brazos de su sillón para evitar el precipitarse sobre Philip. Se sabía que antes tenía por costumbre coger a los niños por la garganta hasta casi ahogarlos. Estaba iracundo. Las venas de su frente se habían hinchado, su rostro se le había oscurecido, amenazante. Parecía estar enloquecido. Philip sabía lo que le preguntaban a la perfección, pero en aquel momento no acertaba a recordar nada. —No lo sé —balbució. — ¿Por qué no lo sabe? Tomaremos las palabras una a una y así veremos si no lo sabe. Philip permaneció silencioso, pálido como un muerto, tembloroso, con la cabeza inclinada sobre el libro. La respiración del otro era casi un estertor. —El director dice que es usted inteligente. No sé dónde ve su inteligencia. ¡Cultura general! —Lanzó una carcajada salvaje—. No sé por qué le hemos admitido en esta clase. ¡Cretino! Le gustaba la palabra y la repitió siempre en tono más alto. — ¡Cretino! ¡Cretino! ¡Cretino! ¡Cretino! Esto le tranquilizó algo. Vio que Philip enrojecía. Le mandó que fuera a buscar el Libro Negro. Philip dejó su César y salió sin pronunciar una palabra. El Libro Negro era un libro registro de color negro en el que se anotaban los nombres de los alumnos y todas las fechorías. Cuando un nombre aparecía en aquel libro escrito tres veces, el resultado era una paliza. Philip entró en la casa del director y llamó a la puerta de su despacho. Mister Perkins se hallaba sentado ante su mesa escritorio. — ¿Quiere darme el Libro Negro, señor director? —Aquí está —respondió Perkins indicándoselo con un leve gesto—. ¿Qué ha hecho usted de malo? —No lo sé. Mister Perkins le lanzó una mirada, pero no dijo nada y continuó trabajando. Philip cogió el registro y salió. Pocos minutos después de acabada la lección lo trajo de nuevo. —Veamos —dijo el director—. Veo que mister Gordon le acusa de haber cometido una «grave impertinencia». ¿Qué ha sucedido? —No lo sé, señor director. Mister Gordon me ha llamado cretino y lisiado. Mister Perkins volvió a mirarle, en tanto se preguntaba si aquella respuesta habría sido dicha con ironía. Pero se dio cuenta de que Philip era todavía demasiado inocente. El muchacho estaba pálido y en sus ojos se leía un desesperado terror. El director se puso en pie y dejó el registro en su sitio. Acto seguido cogió algunas fotografías. —Un amigo mío me ha mandado estas vistas de Atenas —dijo con expresión indiferente—. Mire, esto es la Acrópolis. Empezó a explicar a Philip lo que tenía ante los ojos. Al calor de sus palabras las fotografías parecían animarse. Le mostró el teatro de Dionisio y le explicó en qué orden se sentaba el público, añadiendo que desde allí se dominaba perfectamente el azul Egeo. Inopinadamente dijo: —Recuerdo que cuando yo asistía a su clase me llamaba cingaro mercachifle. Y antes de que Philip, que contemplaba absorto las fotografías, hubiera tenido tiempo de alcanzar el significado de aquella frase, mister Perkins le mostraba una vista de Salamina y con un dedo, cuya uña aparecía bordeada de negro, le indicaba los lugares donde se situaban las naves griegas y persas. 17. Los dos años siguientes transcurrieron para Philip en medio de una monotonía que no le desagradaba del todo. No era atormentado más que los otros niños, y su deformidad, aunque le impedía tomar parte en muchos juegos, había llegado a no tener casi importancia. Le faltaba popularidad entre sus compañeros y vivía muy concentrado en sí mismo. Pasó dos trimestres con Rayo en la tercera superior. Rayo, con su aire cansado y sus pesados párpados, parecía siempre presa

de un mortal aburrimiento. Cumplía su deber, pero con el espíritu ausente. Era bueno, amable y estúpido. Tenía una gran fe en la honradez de los niños y estaba persuadido de que para que se mostraran sinceros no había nada mejor que meterles en la cabeza la idea de que nadie los creía capaces de mentir. «Pide mucho y mucho te será dado», solía decir. La existencia era fácil en la tercera superior. Se sabía por anticipado qué trozo tocaría traducir y se pasaba de mano en mano una traducción correcta, gracias a lo cual se sabía todo lo que hacía falta. Durante el interrogatorio se podía tener abierta sobre las rodillas la gramática latina y a Rayo no le parecía extraño que un error estuviera repetido en una docena de deberes. No tenía mucha fe en los exámenes, habiendo notado que los niños no eran nunca tan hábiles como en clase; era un resultado desconcertante, pero no significativo. Cuando llegaba el momento sabían tan poco que se veían precisados a inventarse las cosas. Esto, probablemente, los ayudaría a desenvolverse en la vida, pero no los ayudaba a traducir del latín a primera vista. Al curso siguiente Philip cayó en manos de Alquitrán. Se llamaba Turner y era el más vivaz de los viejos profesores. Se trataba de un hombre bajito, con una barriga enorme y una barbilla negra que se estaba volviendo blanca; su piel era morena. Vestido con la sotana eclesiástica, daba verdaderamente la idea de un barril de alquitrán. Tenía por costumbre imponer trabajos y deberes de quinientas líneas a los alumnos que habían titubeado en la construcción de alguna frase, pero en la mesa, junto a sus colegas, reía. Era el más mundano de los profesores: sus amigos de fuera del colegio le invitaban a menudo a comer y la sociedad que frecuentaba no era del todo eclesiástica. Los alumnos le tenían por un hombre burlón. Durante el verano abandonaba el traje eclesiástico y le habían visto en Suiza vestido coquetamente con un traje a grandes cuadros. Le gustaba el vino y la buena comida, y como los alumnos le vieron una vez en el Café Royal en compañía de una señora, una pariente seguramente, no dudaron ni un solo instante de que el profesor era capaz de celebrar orgías, tanto más cuanto que él, por su parte, demostraba una ilimitada creencia en la depravación humana. Mister Turner esperaba que pasara por lo menos un trimestre antes de lograr que sus nuevos alumnos, que provenían de la tercera superior, se pusieran en forma. De vez en cuando, por medio de alguna aguda alusión, daba a entender que se encontraba completamente enterado de lo que sucedía en la clase de su colega. Tomaba la cosa alegremente. Creía que los alumnos jóvenes eran capaces de ser sinceros sólo cuando estaban seguros de que una mentira sería descubierta. Según él, el sentido del honor de los chicos se limitaba a sus recíprocas relaciones, pero no a las que tenían con los profesores, si bien los chicos se mostraban menos insoportables cuando se daban cuenta de que no valía la pena. Estaba orgulloso de su clase y a los cincuenta y cinco años deseaba todavía que en los exámenes resultara mejor que todas las demás clases, exactamente igual que cuando era joven. Su cólera era la cólera del hombre gordo, pronto encendida, pero pronto apagada, y sus alumnos no tardaron en descubrir la bondad oculta bajo las invectivas que les dirigía. Carecía de paciencia con los tontos, pero se preocupaba lleno de buena voluntad por los alumnos que suponía inteligentes bajo su timidez, a los que invitaba a menudo a tomar el té. Los muchachos aceptaban complacidos, aunque luego dijeran que no les había dejado pasteles y bizcochos, pues todos se los comía el profesor. Por tradición, su extraordinaria corpulencia se atribuía a un apetito formidable, y el formidable apetito se atribuía a la solitaria. Philip se hallaba mucho más a gusto que antes, pues como el local del colegio era reducido, sólo la clase superior tenía una sala de estudio un poco apartada. Hasta ahora, el muchacho había vivido en la gran sala donde los niños de la clase preparatoria hacían sus deberes en una promiscuidad que le causaba repugnancia. La compañía le fastidiaba y encontraba un gran placer en permanecer solo. Se aficionó a dar paseos solitarios por el campo. Un riachuelo bordeado de sauces corría a través de los campos verdes y el muchacho sentíase feliz, sin saber por qué, paseando por sus orillas. Cuando estaba cansado se echaba sobre la hierba y observaba los movimientos de los pececillos y el cabrilleo del agua. Otras veces paseaba alrededor del edificio del colegio, cosa que le causaba gran placer. En el prado central había sido colocada una red para tenis, pero la mayor parte del año el lugar se hallaba solitario y tranquilo. Alguna pareja de alumnos se paseaban del brazo, o bien un alumno estudioso caminaba lentamente, con la mirada en la lejanía, repitiendo la lección que debía aprender de memoria. En los grandes olmos había una colonia de cornejas que llenaban el aire con sus melancólicos gritos. A un lado se veía la catedral, con su gran torre mayor, y Philip, que no sabía apreciar todavía la belleza, la contemplaba con una agradable turbación que le era imposible analizar. Cuando vio su nueva sala de estudio —una habitación cuadrada que daba a un patio lateral y podían utilizar sólo cuatro niños— compró una fotografía de la catedral y la colocó en la pared, junto a su mesita. También comenzó a interesarse entonces por la vista que se dominaba desde la ventana de la clase cuarta. Veíanse prados cuidadosamente segados, limitados por árboles frondosos. Aquel paisaje le producía una extraña sensación que no sabía discernir si era de placer o de dolor. Eran los albores de la emoción estética. Al mismo tiempo aparecieron ciertos cambios en el muchacho. Su voz cambiaba y Philip no siempre acertaba a dominarla, de suerte que algunas veces su garganta emitía sonidos ronc y extraños. Por entonces comenzó a frecuentar las lecciones que el director daba en su propio despacho, después del té, con el fin de preparar a los muchachos para la confirmación.

La devoción de Philip no resistió la prueba del tiempo y desde hacía mucho había abandonado la lectura nocturna de la Biblia. Pero bajo la influencia de mister Perkins, así como por su estado de inquietud física, volvieron los antiguos sentimientos, y el muchacho se reprochó amargamente su propia indiferencia. El fuego del infierno ardía ante los ojos de su mente. Si hubiera muerto durante aquel período en que se había mostrado tan descreído, se habría perdido para siempre. Creía implícitamente en la pena eterna, más aún que en la eterna felicidad, y se estremecía pensando en el período de indiferencia que había dejado transcurrir. Desde el día en que mister Perkins le habló con bondad mientras él sufría bajo la injuria que más difícilmente podía soportar, Philip había concebido por el director una adoración de perro fiel. Se devanaba los sesos para hallar el modo de serle agradable y recordaba como un tesoro el más pequeño elogio que el director le dedicaba. Y cuando asistía a las pequeñas reuniones dadas en casa del director permanecía con la boca abierta y la cabeza un poco inclinada hacia delante para no perder ni una sola palabra, conservando los ojos fijos en la mirada brillante de mister Perkins. La modestia del ambiente hacía que los argumentos parecieran más elevados. Algunas veces el maestro, transportado por la emoción, cerraba el libro que tenía ante sí y, con la mano colocada sobre el corazón, como para frenar sus latidos, hablaba del misterio de la religión. Philip no comprendía muchas de las cosas que decía, pero intuía vagamente que bastaba con sentir las. Al muchacho le parecía que el director, con sus despeinados cabellos negros y su rostro pálido, era como uno de los profetas de Israel que no dudaron en desafiar al rey; y cuando Philip pensaba en el Redentor, se lo figuraba con aquellos mismos ojos y con aquellas mismas delgadas mejillas. Mister Perkins tomaba muy en serio esta parte de su trabajo, sin dar muestras de su brillante humorismo, por el que le acusaban de ligereza los demás profesores. Hasta en los días en que estaba más ocupado encontraba el tiempo necesario para recibir, aunque sólo fuera por un cuarto de hora o veinte minutos, a los alumnos que se preparaban para la confirmación. Quería dar a comprender a los muchachos que aquel paso era el primero serio y consciente que daban en la vida. Intentaba penetrar en lo más profundo de sus almas para instalar allí su propia ardiente devoción. Intuía en Philip, a pesar de la timidez de éste, la posibilidad de un ardor parecido al suyo. El temperamento del muchacho le parecía esencialmente religioso. Un día interrumpió de súbito su propia disertación para preguntarle: —¿Ha pensado usted alguna vez a qué se dedicará cuando sea mayor? —Mi tío desea que me consagre a Dios. —¿Y usted? Philip enrojeció y miró a otra parte. Se avergonzaba de confesar que se sentía indigno. —No conozco ninguna vida tan llena de felicidad como la nuestra —añadió Perkins—. Me gustaría poderle hacer sentir el maravilloso privilegio que nos está reservado. Puede servirse a Dios en todas las profesiones, pero nosotros nos hallamos más cerca de Él. No quiero ejercer influencia en usted, pero si se decide al fin, y le aconsejo que no pierda el tiempo, experimentará en seguida una alegría y un alivio que no le abandonarán ya nunca. Philip no respondió, pero el director leyó en sus ojos que empezaba a penetrar en lo que quería darle a entender. —Si continúa usted como ahora, pronto será el primero del colegio y tendrá usted posibilidad de obtener una beca cuando acabe aquí los estudios. ¿Posee usted algún dinero? —Mi tío dice que tendré cien libras al año cuando sea mayor. —Será usted rico. Yo no tenía nada. El director titubeó un instante. Luego, haciendo rayas distraídamente con el lápiz en el papel secante que tenía ante sí, continuó: —Me parece que el número de profesiones entre las de posible elección para usted será algo limitado. No puede usted elegir, naturalmente, entre las que precisan actividad física. Philip enrojeció hasta la raíz del cabello, como siempre que alguien hacía alguna alusión a su pie contrahecho. Mister Perkins le miró gravemente. —Temo que sea usted excesivamente sensible en lo que concierne a su defecto. ¿Nunca se le ha ocurrido dar gracias a Dios? Philip alzó vivamente los ojos y apretó los labios. Recordó que durante mucho tiempo, fiándose en lo que le habían dicho, suplicó a Dios que le curara como curó al leproso y devolvió la vista al ciego. —Mientras considere usted su defecto con espíritu de rebelión, se avergonzará usted. Pero si lo considera como una cruz que le ha sido dada porque sus hombros pueden soportarla, se transformará en motivo de alegría lo que ahora le sirve de aflicción. El director notó entonces que la conversación hacía sufrir al muchacho y le despidió. Pero Philip reflexionó profundamente sobre lo que el director le había dicho, y muy pronto, absorto en la idea de la próxima ceremonia, fue invadido por una ola mística. Le pareció como si su alma se liberase del légame de la carne y que una nueva vida comenzaba para él. Aspiró a la perfección con todo el fervor de su alma. Decidió dedicarse completamente al servicio de Dios y recibir órdenes. Cuando llegó el gran día, Philip, profundamente conmovido a causa de la preparación, del libro que había estudiado, y, sobre todo, a causa de la preponderante influencia del director no acertaba a dominar su emoción y su alegría. Un pensamiento le atormentaba: tenía que atravesar solo el coro y temía mostrar demasiado su defecto no sólo a los ojos de todo el colegio, sino también ante los forasteros venidos de la ciudad y de los padres de los alumnos que asistían a la confirmación de sus hijos. Sin embargo, se esforzó en aceptar serenamente la humillación, y cuando atravesó el coro cojeando, pequeño e insignificante bajo las altas bóvedas de la catedral, conscientemente ofreció su deformidad como holocausto al Dios que le amaba. 18. Pero Philip no podía vivir mucho tiempo en el aire

enrarecido de la sublimidad. Lo que le había sucedido cuando por primera vez sintió una crisis religiosa, volvió a sucederle. Sentía tanto la belleza de la fe, el deseo de sacrificio le ardía con tal fuerza en el corazón, que sus fuerzas resultaron inadecuadas a sus ambiciones. La violencia de su pasión le dejó sin fuerzas y su alma fue invadida por una extraña aridez. Comenzó a olvidarse de la presencia de Dios, la cual parecía circularle antes; sus ejercicios religiosos, cumplidos siempre con exactitud, llegaron a ser para Philip una mera formalidad. Al principio se dirigía a veces amargos reproches a sí mismo y el temor del infierno le impelía a encontrar de nuevo la fe, pero esto fue desapareciendo y poco a poco sus pensamientos se vieron distraídos por otros intereses. Philip tenía pocos amigos. El hábito de la lectura le aislaba. Y el aislamiento llegó a ser para él tan necesario que, después de algún rato pasado en compañía de alguien, se sentía cansado e inquieto. El muchacho había adquirido muchos conocimientos y carecía de la habilidad de esconder el desprecio que sentía hacia la inferioridad de sus compañeros. Éstos lo motejaban de presuntuoso, y como no despuntaba más que en materias que les parecían sin importancia, le preguntaban irónicamente de qué se enorgullecía. En Philip se estaba desarrollando rápido el sentido del humor y pronto adquirió cierta habilidad para burlarse de la gente, y se divertía haciéndolo, sin llegar nunca a ofender a nadie. Luego, cuando sus víctimas le demostraban antipatía, sentíase resentido. Las humillaciones que sufrió durante los primeros tiempos de su estancia en el colegio habían hecho que se recluyera en sí mismo, y como nunca supo deshacerse completamente de tal sensación, permaneció siempre tímido y taciturno. Pero el caso era que, aunque hacía todo lo posible por ganarse las antipatías de sus compañeros, codiciaba con gusto su corazón la popularidad que tan fácilmente se granjeaban otros, y a pesar de que procuraba zaherir a éstos aún más que a los demás, los admiraba desde lejos y habría dado cualquier cosa por estar en su lugar. Bien es verdad que se hubiera cambiado con el muchacho más estúpido del colegio con tal de no cojear. Adquirió una extraña costumbre: imaginó que podía transformarse en uno de los compañeros que más le gustaban, que podía colocar a su propia alma en el cuerpo del otro, hablar con su voz y reír con su risa; hacer, en suma, todo lo que el otro hacía. Este sueño imaginativo era tan vivaz que a veces le parecía que ya no era él, y experimentaba minutos de fantástica felicidad. Al iniciarse el trimestre que siguió a su confirmación, Philip pasó a otra sala de estudio. Uno de los compañeros que la compartían con él se llamaba Rose. Pertenece a la misma clase de Philip y éste había sentido siempre por él gran admiración. Rose no era guapo. Tenía las manos muy grandes. Su maciza osamenta hacía pensar que iba a ser muy alto, pero por entonces estaba mal proporcionado. Sus ojos, sin embargo, eran atrayentes y cuando reía —y reía siempre—, alegraba todo su rostro de un modo simpatiquísimo. No era muy inteligente ni muy tonto, mas hacía discretamente sus deberes y jugaba mejor aún. Tanto los profesores como los demás alumnos le querían, y él, a su vez, correspondía mostrando una agradable estimación por todo el mundo. Recién llegado a la nueva sala, Philip no pudo menos de acogerse a sus nuevos compañeros, los cuales, acostumbrados a trabajar juntos desde hacía nueve meses, le acogieron con frialdad. Philip sentíase un intruso y se ponía nervioso, pero había aprendido a esconder sus sentimientos y los otros le hallaron tranquilo y discreto. Con Rose se mostró tímido y brusco, aunque, al igual que todos los demás, no resistiera a la fascinación involuntaria que aquél ejercía. Rose lo notó y, tal vez para probar su propio poder fascinador, o simplemente por bondad, fue el primero en introducir a Philip en su círculo. Un día le preguntó de improviso si quería ir con él al campo de deportes. Philip enrojeció. —No ando bastante de prisa para acompañarte. — ¡Tonterías! Ven conmigo. Cuando iban a salir se les acercó otro muchacho para preguntar a Rose si quería ir con él. —No puedo. Me he comprometido ya a ir con Carey. —No te preocupes por mí —dijo Philip—. No importa. — ¡Tonterías! Miró a Philip con sus ojos afectuosos y sonrió. Philip sintió en el corazón un extraño temblor. Poco tiempo después la amistad había aumentado con la rapidez con que suele crecer en los muchachos y ambos llegaron a ser inseparables. Otros camaradas, asombrados por aquella intimidad, preguntaban a Rose qué era lo que encontraba en Philip. — ¡Oh, no lo sé! La verdad es que no es mal chico. Los demás se habituaron a verlos cogidos del brazo en la capilla o paseando por el prado. Donde uno estaba se encontraba también el otro, y bien pronto, como reconociendo sus derechos, los que deseaban algo de Rose dejaban la comisión a Carey. Al principio, Philip se mostraba reservado. No quería abandonarse completamente a la alegría orgullosa que le llenaba el corazón, pero muy pronto su falta de fe en el destino cedió ante aquella exuberante felicidad. Rose le parecía la persona más extraordinaria que había conocido. Hasta los libros le parecían ahora insignificantes; era inútil leer cuando se hallaba ocupado en algo más importante. Los amigos de Rose solían ir de cuando en cuando a pasar una media hora en el cuarto de éste cuando no tenían nada que hacer, o bien a tomar el té en su compañía. Rose era muy sociable y le gustaba la algazara. Philip, por su parte, no molestaba a nadie. Era feliz. Durante los últimos días de escuela los dos amigos quedaron en encontrarse en la estación cuando volvieran, para tomar el té juntos antes de volver al colegio. Para ello se pusieron de acuerdo en las horas de los trenes. Philip partió para Blackstable con un peso en el corazón. Durante las vacaciones no hizo otra cosa que pensar en Rose, fantaseando sobre lo que harían cuando se volvieran a encontrar

de nuevo para pasar juntos el siguiente año escolar. Se aburría en el vicariato y el último día, cuando su tío le preguntó en tono de broma: —Y qué, ¿estás contento de volver al colegio? Philip contestó alegremente: —Sí, estoy contento de volver. Por miedo a no llegar a tiempo, partió en un tren anterior al que habían quedado: debería esperar una hora en el andén. Cuando llegó el tren de Faversham, donde sabía que su amigo tenía que haber hecho transbordo, el corazón le palpitaba. Pero Rose no bajó de aquel tren. Preguntó entonces a un mozo de estación a qué hora llegaba el tren siguiente y esperó este tren. Nueva desilusión. Sentía hambre y frío. Tomó por un atajo y se dirigió al colegio. Cuando llegó encontró a Rose en la sala de estudio, sentado ante la chimenea y dedicado a contar anécdotas a media docena de muchachos que se hallaban sentados a su alrededor, en las pocas sillas que había en el cuarto o en el suelo. Rose estrechó muy cordialmente la mano de Philip, el cual no dijo nada de lo de la estación, comprendiendo que el otro había olvidado completamente la cita. —¿Por qué has venido tan tarde? —preguntó Rose—. Creíamos que ya no venías. —Sin embargo, estaba en la estación a las cuatro y media —afirmó uno de los presentes—. Te he visto cuando he llegado. Philip enrojeció. No quería que Rose supiera que había estado tanto tiempo esperándole. —He tenido que atender a una amiga de casa —inventó rápidamente—. Me habían encargado que la acompañase en coche. Pero la desilusión le dejó aplanado. Sentóse en silencio y respondió con monosílabos siempre que le preguntaban algo. Tenía intención de explicarse con Rose en cuanto los dejaran solos. Pero cuando esto sucedió, el amigo se vino derecho a él y sentóse en el brazo del sillón que Philip ocupaba. —Estoy contento de estar todo este trimestre otra vez contigo en esta sala de estudio. Será divertido, ¿verdad? Parecía tan sinceramente feliz de volver a ver a Philip que éste sintió que se desvanecía su mal humor. Los dos amigos se pusieron a hablar vivamente de las mil cosas que les interesaban, como si hubieran estado separados sólo cinco minutos. 19. Philip, al principio, se había sentido tan feliz al poseer la amistad de Rose que no pensó en nada más. Tomaba las cosas como venían sin dejar que le corriera el pensamiento. Pero más tarde comenzó a sentir cierto disgusto cada vez que Rose se mostraba amable con los demás. Philip quería una amistad más exclusiva y pretendía como un derecho lo que antes aceptaba como un favor. Observaba lleno de celos las relaciones de Rose con los demás alumnos y, aunque sabía que no obraba razonablemente, no podía menos de dirigir a Rose alguna frase amarga. Si Rose pasaba una hora en la sala de estudio de algún compañero, Philip, cuando volvía, le esperaba con la cara larga. Durante todo un día permanecía enfadado y sufría tanto más cuanto que Rose no se daba por enterado, o fingía no darse. No era raro que Philip, en estas ocasiones, aunque convencido de su propia tontería, provocara un altercado cuya consecuencia era que los dos amigos no se hablaran en dos días. Pero Philip, incapaz de sostener la cólera mucho tiempo, acababa por pedir humildemente que le excusara, a pesar de estar persuadido de poseer la razón. Entonces, durante una semana, seguían más amigos que antes. Philip sin embargo, notaba pronto que, a menudo, Rose aceptaba salir con él solo por la fuerza de la costumbre o bien por no hacerle rabiarse. No hablaron con tanta animación como antes, y, a veces Rose parecía aburrido. Philip creyó intuir que su deformidad apartaba a su amigo. Cuando finalizaba el trimestre, dos o tres alumnos cayeron enfermos de escarlatina y se habló de mandar a todos a sus casas para evitar una epidemia. Pero una vez aislados los enfermos, no se registró ningún caso más y se pensó que la epidemia había terminado. Philip fue uno de los atacados. Permaneció en la enfermería durante las vacaciones de Pascua y más tarde fue enviado al vicariato para que pasara allí la convalecencia. Su tío, aunque el doctor aseguraba que no había el menor peligro de contagio, recibió al muchacho con cierta frialdad: le parecía una ligereza del médico haber sugerido que el chico pasara la convalecencia junto al mar. Pero como no podía hacer otra cosa, se resignó. Philip volvió al colegio a mitad del trimestre. Había olvidado las disputas sostenidas con Rose y sólo recordaba que el tal era su mejor amigo. Sabía que a veces se comportó no muy razonablemente y resolvió corregirse de entonces en adelante. Durante su enfermedad Rose le mandó infinidad de cartas y todas terminaban así: «Vuelve pronto». Philip creía a pie juntillas que Rose esperaba su vuelta con gran impaciencia, la misma que él tenía por llegar. Uno de los alumnos de la sexta había muerto y, como consecuencia de ello, se produjeron algunos cambios. Uno de ellos era que Rose no utilizaba ya su misma sala de estudio. La cosa resultó muy amarga para Philip. Pero en cuando pudo se precipitó en la sala de su amigo, al que encontró estudiando ante el escritorio, en compañía de un muchacho que se llamaba Hunter. Cuando oyó abrir la puerta. Rose se volvió descortésmente. —¿Quién diablos es? —gritó. Pero cuando vio a Philip añadió: —¡Ah! ¿Eres tú? Philip, confuso, se quedó parado. —He venido a ver cómo estás. —Ya lo ves: estamos estudiando. Hunter tomó parte en la conversación: —¿Cuándo has llegado? —Hace cinco minutos. Permanecieron mirándole como si los estorbara. Evidentemente deseaban que se fuera lo más pronto posible. Philip se puso encarnado y se hizo cargo de la situación. —Me voy. Puedes venir a verme cuando hayas acabado —dijo dirigiéndose a Rose. —Muy bien. Philip cerró la puerta y volvió cojeando a su estudio. Sentíase horriblemente ofendido. Lejos de demostrar alegría al verle. Rose le había tratado casi con aspereza, como si no fueran más que simples conocidos. Philip permaneció sin moverse de su sala de estudio, por si iba Rose, pero el amigo no apareció.

A la mañana siguiente pudo verle de lejos: iba del brazo de Hunter. Los compañeros se encargaron de contarle lo que había sucedido. Tres meses resultan muy largos en la vida de un muchacho interno; mientras él se los había pasado en completa soledad, Rose permaneció en medio de muchos compañeros y Hunter se había hecho amigo suyo, quitándole el puesto a él. Philip pudo darse cuenta de que Rose le esquivaba; pero nuestro héroe no era de los que aceptan una situación sin aclararla. Esperó a que Rose estuviera un día solo en su sala de estudio y se acercó a la puerta. — ¿Puedo entrar? — preguntó. Rose pareció confuso. Avergonzose a continuación de haber experimentado tal sentimiento y sintió contra Philip una especie de irritación. — Entra, si gustas. — ¡Qué amable! — dijo Philip irónico. — ¿Qué deseas? — Quiero saber por qué estás tan antipático desde que he vuelto. — No seas imbécil. — No sé qué atractivo encuentras en Hunter. — Eso es asunto mío. Philip bajó los ojos. No acertaba a decir lo que tenía en el corazón. Temía humillarse. Rose se puso en pie. — He de ir al gimnasio. Cuando le vio a punto de salir, Philip hizo un esfuerzo para conseguir una explicación. — Vamos, Rose, no seas así. — ¡Vete a paseo! Cerró de un portazo y dejó solo a Philip. Éste, temblando de ira, regresó a su cuarto para pensar en la afrenta que acababa de recibir. Odiaba a Rose, sentía deseos de herirle y pensaba en las palabras mordaces que podía haberle dirigido. Su amistad había terminado y nadie sabía de qué modo comentarían los compañeros la cosa. Su sensibilidad imaginó sonrisas y befas en los que ni por asomo pensaban en él. Le parecía estar oyendo sus conversaciones. — Después de todo, la cosa no podía durar. No se comprende cómo ha podido soportar a Carey durante tanto tiempo, a ese individuo insignificante. Para demostrar su indiferencia trabó amistad con un tal Sharp, al que siempre había odiado. Era un londinense de expresión sosa y pesada, cejijunto y provisto ya de un respetable bigote. Poseía unas manos blanduchas y era de un modo de ser demasiado dulce para su edad. Hablaba con un ligero acento plebeyo. Era uno de esos niños excesivamente perezosos para poder tomar parte en los juegos deportivos y presto siempre a eludir los que eran obligatorios. Sus cantaradas y los profesores le miraban con cierta antipatía y Philip por reacción, buscó su amistad. Unos cuantos meses después se iría Sharp a Alemania para permanecer allí un año. Detestaba el colegio; parecíale una infamia que no le quedara más remedio que sufrir porque aún no estaba en edad de lanzarse al mundo. En su conversación — hablaba con voz dulce y baja — evocaba las noches de las calles de Londres. Philip le escuchaba fascinado y disgustado a la vez. Su viva imaginación hacía que viera a la multitud que salía de los teatros, el esplendor de los restaurantes nocturnos, el bar donde los hombres embriagados a medias se sentaban en los altos taburetes bromeando con los que les servían, y, bajo el resplandor de los faroles, el paso misterioso de grupos ambiguos que iban en busca de placeres. Sharp le prestó novelitas que leía en su departamento, experimentando una especie de maravilloso asombro. Un día Rose intentó una reconciliación. Era un buen muchacho y no le gustaba tener enemigos. — ¿Por qué estás enfadado todavía conmigo, Carey? ¿No te parece que ya es hora de terminar con nuestro enfado? — No sé lo que quieres decir. — Entonces no comprendo por qué no nos podemos hablar. — No me molestes. — Como quieras. Rose alzó los hombros y se alejó. Philip, como siempre que se emocionaba por algo, palideció. Su corazón latía con violencia. Al quedarse solo se sintió de pronto desesperado. Ignoraba por qué había contestado de aquel modo. Hubiera dado Dios sabe qué por poseer la amistad de Rose. Sufría por haberse peleado con él y por lo mal que le había respondido, pero en aquel momento no había sido dueño de sí mismo. Era como si un demonio se hubiese apoderado de él obligándole a decir cosas amargas en el momento en que hubiera querido abrazar a Rose y hacer las paces con él. El deseo de herirle había sido más fuerte. Había querido vengarse del dolor y de las humillaciones sufridas. Fue un arrebato de orgullo y, al mismo tiempo, una solemne tontería, pues no ignoraba que Rose no se afligiría mucho por él, mientras que él, Philip, sufría amargamente. Tuvo la intención de ir a buscar a Rose para decirle: — Escúchame; me pesa haberme comportado de un modo tan estúpido contigo, pero te aseguro que no era dueño de mí mismo. Hagamos las paces. Sabía, sin embargo, que nunca sería capaz de decir una cosa así. Temía que Rose se burlara de él. Philip se sentía irritado consigo mismo, y cuando Sharp apareció un poco más tarde buscó un pretexto para pelearse con él. Philip poseía un instinto de terrible crueldad para conocer el punto débil de las demás personas, y eso le permitía decir cosas ofensivas, pero aquella vez Sharp pronunció la última palabra. — He oído hace poco a Rose que hablaba de ti con Mellor, el cual le preguntaba: «¿Por qué no le has pegado un puntapié? Sería un modo de enseñarle a vivir en el mundo». Y Rose ha respondido: «No me gusta pegarle, siendo como es un tullido». Philip enrojeció. Le fue imposible replicar. Sentía un nudo en su garganta que parecía sofocarle.

20. Philip fue promovido a la clase sexta, pero odiaba al colegio con todo su corazón, y como había abandonado sus ambiciones, ya no le importaba ser aplicado o no. Por la mañana se despertaba disgustado por la nueva jornada que tenía ante sí. No le gustaba que le reglamentasen el trabajo; las restricciones le irritaban, y no porque fueran irracionales, sino porque eran restricciones. Amaba la libertad. Le fastidiaba tener que repetir lo que sabía ya y tener que oír, a causa de algún camarada bastante duro de mollera, argumentos que había comprendido desde el primer instante. Con mister Perkins se podía, a voluntad, trabajar o no. El director era al mismo tiempo apasionado y

distraído. El aula de la sexta estaba situada en una parte de la vieja abadía que había sido restaurada y tenía una ventana gótica. Philip distraía su aburrimiento dibujando una y otra vez aquel arco; intentó también de memoria la gran torre de la catedral y la cancela que cerraba el recinto. Tenía bastante disposición para el dibujo. Durante su juventud tía Louisa había pintado a la acuarela y poseía algunos álbumes llenos de bocetos de iglesias, viejos puentes y casas de campo pintorescas. Durante su estancia en el vicariato, Philip había admirado a menudo aquellos diseños. Una vez, por Navidad, la tía regaló a Philip una caja de pinturas y el muchacho empezó a copiar los diseños de la tía. Lo copiaba mejor de lo que podía imaginarse, y muy pronto empezó a trabajar por su cuenta. Mistress Carey le daba ánimos; era un medio de tenerlo alejado de distracciones más peligrosas, y más tarde aquellos esbozos podrían servir para las fiestas de beneficencia. Dos o tres habían sido colocados en marcos y adornaban la habitación del niño. Un día, después de la lección, mister Perkins lo detuvo al salir de la clase. —He de hablarle, Carey. Philip, enrojeciendo, le lanzó una rápida mirada, pero, como le conocía, no respondió en espera de que prosiguiese. —Estoy descontento de usted desde hace algún tiempo. Se muestra usted perezoso y desatento. Parece como si el estudio no le interesara ya; y sus deberes los realiza usted lo peor que sabe. —Lo siento, señor director. —¿Eso es todo lo que tiene usted que decirme? Philip miró al suelo malhumorado. ¿Cómo decir que se aburría mortalmente? —Le advierto que en este trimestre se ha atrasado usted en lugar de adelantar. No puedo darle buena nota. Philip pensó para sí lo que habría dicho el director si hubiera sabido la acogida que merecían sus notas. A la hora del desayuno mister Carey les dirigía una mirada indiferente y luego se las entregaba a Philip. —He aquí tus notas. Estúdialas. Y a continuación empezaba a hojear un catálogo de libros de ocasión. Philip leía las notas. —¿Son buenas? —preguntaba tía Louisa. —Las merecía mejores —respondía Philip sonriendo y entregándole las notas. —Las veré más tarde, cuando tenga los lentes —replicaba la tía. Pero después del desayuno Marian venía a decir algo a propósito del carnicero y las notas quedaban olvidadas. Mister Perkins prosiguió: —Me ha producido usted una desilusión y no acierto a comprenderlo. Me parece que puede hacer usted mucho, pero por lo que veo carece de voluntad. Teníamos intención de nombrarle primero de la clase en el próximo trimestre, pero por ahora no hay que pensar en ello. Philip enrojeció; no le gustaba la idea de quedarse atrás. Apretó los labios. —Y ahora otra cosa. ¿Ha pensado usted en su beca? Si no se aplica, no obtendrá ninguna. Al joven le irritaba el sermón. Un arrebato de cólera contra el director y contra sí mismo se apoderó de él. —No creo poder ir a Oxford. —¿Por qué no? Creía que tenía usted intención de seguir la carrera eclesiástica. —He cambiado de idea. —¿Por qué? Philip no respondió. Mister Perkins, curvado extrañamente hacia delante como siempre, postura que le hacía parecer una figura del Perugino, se acariciaba la barba con aire pensativo. Miró a Philip como si intentase comprenderle, pero de pronto le dijo con entonación brusca que podía marcharse. Evidentemente no había quedado satisfecho. Una semana después, una noche que Philip fue a su despacho para llevar unos papeles, mister Perkins reanudó la conversación. Pero esta vez adoptó un método distinto. Habló a Philip no como un profesor a un alumno, sino como un ser humano a otro. No parecía importarle ahora gran cosa sus deberes mal hechos y la escasa probabilidad que el muchacho tenía en la actualidad de ganar una beca para ir a Oxford. Lo más importante era el cambio de propósitos en relación con el porvenir. Mister Perkins intentó reanimar la vocación religiosa del muchacho. Con tacto exquisito buceó en sus sentimientos, cosa que le fue tanto más fácil cuanto que él mismo estaba conmovido. El cambio de ideas de Philip le producía un sincero dolor, pues le parecía que el muchacho había renunciado a la felicidad. La voz del profesor era muy persuasiva, y Philip, que se conmovía fácilmente ante la emoción de los demás, se alteró bastante a pesar de su aspecto tranquilo —su rostro, ya fuera por naturaleza, ya por hábito de tantos años de colegio, no revelaba sus impresiones más que por un súbito enrojecimiento de sus mejillas— y pareció profundamente impresionado por las palabras de mister Perkins, sintiendo grandes remordimientos por el dolor que su conducta causaba al director. Además, se sintió halagado al ver que a pesar de las muchas preocupaciones que le ocasionaba el colegio, mister Perkins se interesaba por él. Pero al mismo tiempo una voz interna, una voz que parecía ser de otra persona, repetía desesperadamente dentro de él dos palabras: — ¡No quiero! ¡No quiero! ¡No quiero! Tuvo la impresión de que no pisaba tierra firme. Se sintió impotente ante la debilidad que le invadía por momentos. Aquella debilidad era como el agua que penetra en una botella vacía colocada en un lebrillo lleno. Apretó los dientes repitiéndose a sí mismo aquellas dos palabras: — ¡No quiero! ¡No quiero! ¡No quiero! Finalmente, mister Perkins le colocó una mano sobre el hombro. —No pretendo coaccionarle. Es usted el que debe decidir. Ruegue al Omnipotente que le aconseje y que le guíe. Cuando Philip abandonó la casa del director caía una lluvia menuda. Atravesó el arco que conducía al recinto. El lugar estaba desierto y las cornejas guardaban silencio. Caminó lentamente. Tenía calor y le gustaba sentir la lluvia. Volvió a pensar en todo lo que le había dicho mister Perkins. Estaba tranquilo y no sufría la influencia de la personalidad del director. Sintióse contento consigo mismo por no haber cedido. En la oscuridad distinguía vagamente la masa de la catedral, a la que ahora detestaba por el aburrimiento que le producían los largos oficios a los cuales se veía obligado

a asistir. Los himnos le parecían interminables, viéndose obligado a permanecer en pie mientras se cantaba. El sermón llegaba a sus oídos como un confuso murmullo y el cuerpo, condenado a la inmovilidad cuando hubiera deseado moverse, adquiriría una acentuada rigidez. Philip pensó en los dos oficios de los domingos que se celebraban en Blackstable. La iglesia era de una desnudez completa y resultaba fría; flotaba en ella un olor a brillantina mezclado al de ropa almidonada. Los sermones del tío alternaban con los del cura. Philip había aprendido, en el transcurso de los años, a conocer a mister Carey. El muchacho, que era puro y sincero, no podía concebir que un individuo predicara desde el púlpito cosas que como hombre no ponía en práctica. Esta duplicidad le exasperaba. Su tío era débil y egoísta, y no tenía otro deseo que evitarse fatigas y molestias. Mister Perkins le había hablado de la belleza de una vida consagrada a Dios. Philip conocía perfectamente el género de vida que llevaba el clero en aquel rincón de Inglaterra oriental donde estaba su casa. El vicario de Whitestone, pequeña parroquia cercana a Blackstable, era soltero, y, con el fin de tener algo que hacer, se había hecho cargo de una fábrica. El diario local publicaba continuamente quejas contra él: obreros a los que no quería pagar el jornal y comerciantes que le acusaban de quererlos arruinar. El vicario de Surle, pequeño pueblo situado a la orilla del mar, era visto todas las noches en la taberna que se encontraba a un tiro de piedra del vicariato, y el administrador de los bienes parroquiales había ido a pedir consejo a mister Carey. No había un alma con quien hablar en aquella localidad, a excepción de los pequeños agricultores y los pescadores; debían tenerse en cuenta las largas noches de invierno, cuando el viento silba por entre los árboles desnudos y no se ve otro paisaje que la monotonía de los campos arados, la pobreza y la falta de un trabajo continuo; se corría el riesgo de que cualquier particularidad nociva del carácter se desarrollara, pues nada había que pudiera frenarla. Philip sabía todo esto y su intolerancia juvenil no hallaba ninguna excusa para ello. Estremeciéndose ante la posibilidad de una vida semejante para él. Anhelaba conocer el mundo. 21. Mister Perkins no tardó en darse cuenta de que sus palabras no habían producido efecto alguno. Durante aquel trimestre no se interesó más por el muchacho y las notas fueron sencillamente desastrosas. Cuando éstas llegaron al vicariato y tía Louisa le preguntó cómo eran, el muchacho respondió alegremente: —Un desastre. — ¿De veras? —preguntó extrañado el vicario—. Déjamelas ver. — ¿Crees, tío, que me sea útil permanecer todavía en Tercanbury? He pensado que lo mejor sería que me marchara por algún tiempo a Alemania. — ¿Quién te ha metido eso en la cabeza? —preguntó tía Louisa. — ¿No te parece una buena idea? Sharp había dejado el colegio y escribió a Philip desde Hannover. Comenzaba de veras a ver la vida de cerca y esta idea producía en Philip una gran inquietud. La perspectiva de otro año de estudio le parecía insoportable. —Pero de esta manera no podrás obtener la beca. —No tengo ninguna probabilidad de obtenerla y, por otro lado, tampoco me entusiasma la idea de ir a Oxford. —Pero, Philip, si quieres tomar las órdenes... —Tía Louisa parecía consternada. —Hace tiempo que he renunciado a la idea. Mistress Carey le miró asustada. Luego, habituada a dominarse, llenó otra taza de té para su marido. Nadie dijo nada. Instantes después Philip vio que las lágrimas corrían por las mejillas de la anciana y sintió que se le encogía el corazón ante aquel dolor del cual se sabía responsable. Con su usado vestido de color negro, hecho por la modista que vivía en el extremo de la calle; con su rostro surcado de arrugas y sus ojos claros, en los que flotaba como una nube de extrañeza; con los cabellos grises, cuajados de ricitos como cuando era joven, tía Louisa resultaba ridícula, pero al mismo tiempo aparecía extrañamente conmovedora. Philip se arrepintió de su determinación por primera vez. Más tarde, cuando el vicario fue a encerrarse en su despacho en compañía del cura, el muchacho pasó cariñosamente un brazo en torno al talle de su tía. —Me siento desolado al verte tan trastornada, tía Louisa. Pero creo que no es cuerdo abrazar la vida religiosa sin tener una verdadera vocación, ¿no te parece? —Estoy muy desilusionada, Philip —gimió la tía—. Era mi deseo más vivo. Tenía la esperanza de que llegaras a ser el cura de tu tío y cuando nos llegara nuestra hora, pues no podemos durar eternamente, ¿verdad?, tú hubieras podido ocupar su puesto. Philip tembló asustado. Su corazón empezó a latir como el de un pichón caído en una trampa. La tía sollozaba dulcemente con la cabeza apoyada en los hombros del muchacho. —Quisiera que me ayudases a convencer al tío para que me permitiese abandonar Tercanbury. Ya no puedo más. Pero el vicario de Blackstable no aceptaba tan fácilmente el modificar sus proyectos. Se había convenido desde un principio que Philip permanecería en el colegio hasta los dieciocho años y que luego marcharía a Oxford. De todas formas, no era posible cambiar de planes inmediatamente, pues, como no había anunciado sus intenciones, el trimestre había sido pagado. —Entonces, ¿quedamos en que me marcharé por Navidad? —preguntó Philip al terminar una larga y tempestuosa discusión. —Escribiré a mister Perkins para saber lo que piensa sobre esto. — ¡Dios mío, cuánto desearía tener veinte años! ¡Es terrible depender de los demás! — ¡Philip, ésta no es manera de hablar a tu tío! —dijo dulcemente mistress Carey. —Pero ¿no comprendéis que Perkins querrá que yo permanezca allí? Percibe un tanto por cada interno... — ¿Y por qué no quieres ir a Oxford? — ¿De qué me serviría desde el momento que no quiero ser cura? —Entonces, ¿qué quieres ser? —preguntó mister Carey. —No lo sé, no me he decidido todavía. Pero sea lo que fuere, conocer una lengua extranjera

es siempre útil. Me servirá mucho más permanecer un año en Alemania que pudrirme en aquel agujero. No quería confesar su convicción de que la vida en Oxford sería poco más o menos como la del colegio. Deseaba ser dueño de sí mismo. Por otra parte, sabía que en Oxford encontraría a antiguos discípulos y no quería ver a ninguno. Comprendía que su vida en el colegio había sido un fracaso completo y quería empezar de nuevo haciendo borrón y cuenta nueva. Su deseo era marchar a Alemania con ciertas ideas que habían sido discutidas recientemente en Blackstable. Algunos amigos que se hospedaron en casa del médico habían llevado noticias del mundo exterior, y los bañistas que fueron en el mes de agosto llevaron un saco de ideas nuevas. El vicario se había dado cuenta de que eran personas que creían que había pasado el tiempo de la vieja educación y que las lenguas modernas tenían una importancia de que carecían cuando él era joven. Se daba cuenta de que le combatían: su hermano menor había sido enviado a Alemania después de ser calabaceado en los exámenes, creando un precedente; pero como murió de tífus no podía considerarse aquella experiencia como tranquilizadora. Después de innumerables conversaciones se decidió que Philip volviera a Tercanbury durante otro trimestre y que después marchara. Esta determinación satisfizo al muchacho pero pocos días después de su regreso al colegio el director habló con él. —He recibido una carta de su tío. Según parece desea usted marcharse a Alemania y su tío me pide mi opinión. Philip al oír estas palabras quedó estupefacto y se sintió furioso contra su tío. —Creía que la cosa estaba decidida. —Todo lo contrario. He escrito para decirle que es un grave error que se marche usted del colegio. Inmediatamente Philip escribió a su tío una carta violentísima, sin medir las palabras. Sentíase tan encolerizado que se durmió muy tarde y a la mañana siguiente se despertó temprano, empezando a pensar en cómo había sido tratado. Esperó con impaciencia la respuesta a su carta, la cual llegó dos o tres días después. Era una carta dulce y dolorida de tía Louisa. Ésta le decía que no debía haber escrito en aquel tono a su tío, quien se había enfadado mucho al leer su carta. El sobrino se había mostrado poco afectuoso y poco cristiano. Podía haber pensado que lo que se pretendía sólo era su bien, y que teniendo más años que él se poseía más claro juicio. Philip apretó los puños. Había oído mil veces aquella afirmación y no le parecía justa. Sus tíos no conocían la situación como él la conocía, y la vejez no tenía razón para atribuirse una experiencia más profunda de las cosas. La carta terminaba con la noticia de que mister Carey había anulado su autorización para que Philip abandonase el colegio. El muchacho tascó el freno en espera de la primera tarde libre. El martes y el jueves quedaba libre, mientras que el sábado tenía la obligación de participar en el servicio de tarde de la catedral. Cuando les llegó a los muchachos de la sexta la hora de salir, Philip se quedó. — ¿Puedo ir hoy a Blackstable, señor director? —No —repuso brevemente mister Perkins. —Querría ver a mi tío para un asunto muy importante. — ¿No ha oído usted que he dicho que no? Philip no respondió. Salió. La humillación le producía una especie de dolor de estómago: humillación por haber tenido que rogar y humillación por haber recibido una negativa. Notó que en su corazón empezaba a odiar al director. Ardía de rabia, contra aquel despotismo que no razonaba sus más tiránicas decisiones. Demasiado irritado para comprender la importancia de lo que hacía, después de comer se dirigió a la estación por los atajos que tan bien conocía y llegó a tiempo de tomar el tren para Blackstable. En el vicariato encontró a los tíos en el comedor. — ¡Eh! ¿De dónde vienes? —preguntó el vicario, con notoria alarma. Evidentemente el verle no le causaba ninguna alegría y parecía un tanto embarazado. —He venido a hablarte de mi salida del colegio. Quiero saber por qué me prometiste una cosa cuando estaba aquí y por qué después hiciste otra. Estaba un poco asustado de su propia audacia; pero había preparado la frase con anticipación e hizo todo lo posible por pronunciarla aunque el corazón le latiera fuertemente. — ¿Has obtenido permiso para venir aquí? —No; lo he pedido a Perkins y me lo ha negado. Si tú le escribes que he venido, me pondrás en un compromiso. Mistress Carey continuaba haciendo su labor de punto con las manos temblorosas. No estaba acostumbrada a las escenas y aquélla la desconponía. — Merecerías que le informara —dijo mister Carey. —Si quieres jugarme una mala pasada, hazlo. Después de lo que has escrito a Perkins, te creo capaz de todo. Era una estupidez hablar de aquel modo, pues ofrecía al vicario la ocasión que andaba buscando. —No me quedaré aquí para soportar tus impertinencias —dijo con dignidad el vicario. Se puso en pie y salió, metiéndose en su despacho, en el que se encerró con llave. — ¡Dios mío! ¡Si tuviera veintún años! ¡Es terrible sentirse tan ligado a los demás! Tía Louisa se echó a llorar en silencio. —No debías haber hablado de ese modo a tu tío, Philip. Te ruego que vayas a pedirle perdón. — ¡Nada de eso! Es él el que abusa de su posición. El dinero que se gasta en el colegio es dinero tirado. Pero a él, claro está, no le importa; no es dinero suyo. Ha sido una crueldad ponerme bajo la tutela de personas que no me comprenden. — ¡Philip! Al oír aquella voz Philip sintió que su cólera se evaporaba. Era una voz que le despedazaba el corazón. El muchacho no se daba cuenta de los desatinos que estaba diciendo. — ¿Cómo puedes ser tan malo, Philip? Sabes perfectamente que no queremos más que tu bien. No teníamos mucha experiencia porque no hemos tenido hijos. Por eso seguimos el consejo de mister Perkins —la voz de la anciana se rompió—. He intentado ser una madre para ti. Te he querido como si fueras mi hijo. Era tan pequeña y frágil, resultaba tan conmovedora con aquel aspecto de vieja solterona, que Philip notó

que se le hacía un nudo en la garganta y sus ojos se llenaron de lágrimas. — ¡Soy muy malo! —dijo—. No quiero disgustarte. Se arrodilló junto a ella y cogiéndola por los brazos besó sus mejillas húmedas y arrugadas. La infeliz mujer sollozaba amargamente y Philip tuvo por un momento la sensación de aquella vida malograda. Era la primera vez que su tía se dejaba llevar por una conmoción semejante. — Sé que no he sido para ti lo que hubiera querido ser; pero es que nunca he sabido lo que tenía que hacerse. Ha sido tan doloroso para mí no tener hijos como para ti no tener madre. Philip olvidó su cólera y su fastidio y pensó sólo en consolarla con palabras entrecortadas y breves y con torpes caricias. En aquel momento sonó el reloj. Debía darse prisa si quería tomar el tren que le condujera a Tercanbury a la hora de pasar lista. Sentado en un rincón del tren se dio cuenta de que no habían quedado en nada, era idiota haberse dejado desviar de sus proyectos por la severidad del vicario y las lágrimas de la tía. Pero el resultado de la conversación de los cónyuges, que Philip ignoró, fue una nueva carta al director que Perkins leyó alzándose de hombros con impaciencia y mostrándosela luego a Philip. Apreciado mister Perkins: Perdóneme si de nuevo le molesto a propósito de mi pupilo, pero tanto su tía como yo estamos un poco preocupados con él. A lo que parece, tiene un gran deseo de dejar el colegio, y su tía lo cree desgraciado. Es muy difícil para nosotros tomar una decisión no siendo sus padres. Philip está persuadido de que no triunfará en los estudios y que, por lo tanto, seguir estudiando sería despilfarrar el dinero. Nos haría usted un gran favor si quisiera hablarle, y si continúa con la misma idea no tendremos otro remedio que dejarle marchar para Navidad, según mi primera intención. Cordialmente suyo, WILLIAM CAREY Philip devolvió la carta. Su triunfo hizo que experimentara un estremecimiento de orgullo. Podía obtener lo que deseaba aunque fuera luchando contra la voluntad de los demás. — Es inútil que yo pierda media hora escribiendo a su tío si él cambia de opinión en cuanto recibe una carta de usted —dijo el director irritado. Philip no respondió, su rostro permaneció inmóvil, pero el brillo de sus ojos le traicionó. Mister Perkins lo notó y se echó a reír. — Se ha apuntado usted un tanto, ¿eh? Philip sonrió francamente. No podía ocultar la alegría que experimentaba. — ¿Es verdad que siente usted tanto deseo de marcharse? — Sí, señor director. — ¿Es usted desgraciado aquí? Philip enrojeció. Detestaba instintivamente cuantas tentativas se hicieran para penetrar sus sentimientos. Haciendo un esfuerzo, pudo contestar: — Oh... no lo sé. Mister Perkins, alisándose la barba, le miró con aire pensativo. Parecía como si sólo hablase por sí mismo. — Sin duda, el colegio está hecho para el tipo medio. De cualquier forma que sea la clavija es necesario que entre en el agujero que le corresponde. No puede perderse tiempo con los que están encima del nivel medio —de pronto se volvió hacia Philip—. Voy a hacerle una proposición. Nos acercamos al fin del trimestre. Tres meses más no serán un desastre para usted y, si desea ir a Alemania, será mejor que vaya después de la Pascua que después de Navidad. Alemania es más agradable en primavera que en invierno. Si al fin del próximo trimestre continúa usted dispuesto a marcharse, no haré ninguna objeción. ¿Qué le parece? — Se lo agradezco mucho. Sentíase Philip tan feliz al no tener que estar en el colegio los tres meses últimos del curso, que aceptó sin oposición aquel trimestre de más. El colegio ya no le parecía una prisión en cuanto supo que al llegar la Pascua sería libre para siempre. Su corazón rebosaba de alegría. Aquella tarde, en la capilla, al ver a los alumnos reunirse clase por clase, cada uno en su sitio, rio satisfecho al pensar que pronto no los vería más. Los miró casi con simpatía. Sus ojos se detuvieron en Rose, que tomaba muy en serio su papel de primero de la clase, jactándose de ejercer sobre todo el colegio gran influencia. Aquella tarde le tocaba leer la oración y la leyó muy bien. Philip sonrió al pensar que Rose quedaría muy pronto separado para siempre de su vida. Pasados seis meses no le importaría nada que Rose fuera alto y bien proporcionado, el primero de la clase y el primero en el fútbol. Miró también a los profesores, vestidos de sotana. Gordon había muerto de apoplejía dos años antes. Los demás estaban todos presentes. Philip los tenía por seres mediocres, exceptuando tal vez a Turner, que llevaba en sí algo de virilidad, y recordaba la sujeción en que le había tenido. Dentro de seis meses ya no contarían para él. Sus elogios no podían tener ya ningún significado y las censuras no merecían otra acogida que un encogimiento de hombros. Philip había aprendido a no exteriorizar sus emociones, pero la timidez le atormentaba todavía. Sin embargo, se sentía a menudo lleno de animación, y aunque se mostraba taciturno y reservado, le parecía oír dentro de sí un cántico de gloria. Era como si caminase con paso más ligero. Una infinita cantidad de ideas se alojaban en su cerebro e iban y venían tan rápidamente que le era imposible asirlas, pero aquel constante flujo y reflujo le divertía. Ahora que era feliz, sentíase nuevamente con ánimos para estudiar y durante la última semana del trimestre quiso recuperar todo lo que había perdido. Su cerebro trabajaba con facilidad y la actividad de su inteligencia le producía una sensación placentera. Obtuvo un resultado óptimo en los exámenes trimestrales. Mister Perkins le hizo una sola observación. Estaba hablando de un ensayo que Philip había escrito y, tras la crítica habitual, el director le dijo: — Por lo visto ha decidido usted interrumpir por algún tiempo el obrar como un tonto, ¿no es cierto? Le sonrió con sus brillantes dientes y Philip, con los ojos bajos, le respondió con una sonrisa embarazosa. Los cinco o seis alumnos que estaban seguros de repartirse entre ellos los distintos premios que se concederían al terminar el verano habían dejado de considerar a

Philip como un rival peligroso, pero ahora comenzaban a mirarle con cierta preocupación. Philip no dijo a nadie que se iba a marchar para Pascua y que, por lo tanto, no podía ser tenido como un rival, sino que los dejó desasosegados. Sabía que Rose esperaba ser el primero en francés, debido a que había pasado dos o tres períodos de vacaciones en Francia. Otro de sus camaradas contaba con llevarse el premio establecido por el decano para los ejercicios de composición. Philip se divirtió mucho al ver la consternación que producía en ellos el hecho de que los superase en tales materias. Norton, otro alumno, no podría ir a Oxford si no ganaba una de las becas a disposición del colegio y preguntó a Philip si iba a tomar parte en el concurso. — ¿Hay algo que lo impida? —preguntó Philip. La idea de tener en las manos el porvenir de cualquiera de ellos le divertía. Había algo de romántico en el sentimiento de que teniendo al alcance de la mano todas aquellas recompensas las desdeñase. Por fin llegó el día de la marcha y Philip se acercó a mister Perkins. — ¡No vendrá usted a decirme que decididamente tiene intención de marcharse! Ante la evidente sorpresa del director, Philip se amoscó. —Quedamos en que no me haría usted ninguna objeción —respondió con firmeza. —Creí que era un capricho y que lo mejor era seguirle a usted la corriente. Veo que es usted obstinado y terco. Pero ¿por qué quiere usted marcharse precisamente ahora? Queda solamente otro trimestre. Podría usted obtener con facilidad la beca Magdalen, y por lo menos, la mitad de los otros premios. Philip le lanzó una sombría mirada. Sentíase burlado, pero tenía la promesa de Perkins, el cual no podía negarse ahora a cumplirla. —Se divertiría usted en Oxford —prosiguió el director—. Lo que haya de hacer inmediatamente piénselo antes de hacerlo. Estoy seguro de que no se da usted cuenta de la vida que puede llevar en la Universidad una persona inteligente. —Lo he dispuesto ya todo para ir a Alemania. — ¿Y no podría modificar usted su programa? —preguntó Perkins con su simpática sonrisa—. Me desagradaría mucho perderle. En el colegio los alumnos más bien tontos, pero estudiosos, adelantan más que los inteligentes y perezosos. Mas cuando el muchacho inteligente se aplica... ¡Oh!, entonces hace lo que ha hecho usted en este trimestre. Philip enrojeció. No estaba habituado a los cumplimientos y nadie le había dicho que era inteligente. El director le puso una mano sobre el hombro. —Sepa usted que no es fácil meter las cosas en la mollera de los muchachos obtusos, pero cuando se tiene la fortuna de enseñar a un alumno que las coge al vuelo, casi antes de haberle hablado, le aseguro a usted que enseñar es la cosa más agradable del mundo. Philip se sintió conmovido por tanta bondad. No había pensado nunca que a mister Perkins le pudiera importar mucho si él se iba o si permanecía en el colegio. Por un momento, titubeó. Hubiera sentido cierto placer en terminar gloriosamente en el colegio y luego marchar a Oxford. Era costumbre en el colegio hablar a los alumnos de los que salieron de allí aureolados de gloria e incluso leer en las clases las cartas que se iban recibiendo de éstos. Pero se avergonzó. Cambiando de idea, parecería imbécil y su tío se habría reído al ver el buen éxito obtenido por la añagaza del director. Existía una gran diferencia entre el dramático abandono de los premios que desdeñaba y la fácil y sencilla conquista de éstos. Sin embargo, habría bastado que el director insistiera un poco para que el amor propio de Philip se diera por vencido. Pero el rostro del muchacho no reveló la menor emoción, permaneciendo inmóvil y frío. —Prefiero marcharme —dijo Philip. Mister Perkins, que al igual que muchos hombres, trataba siempre de obtener lo que deseaba empleando su influencia personal, solía impacientarse cuando el efecto de su prestigio no se manifestaba inmediatamente. Por otra parte, tenía mucho que hacer y no podía perder el tiempo con un muchacho que le parecía estúpidamente testarudo. —Muy bien. Prometí acceder si usted continuaba deseando tal cosa y mantengo mi promesa. ¿Cuándo se marcha usted a Alemania? El corazón de Philip empezó a latir con violencia. Había ganado la batalla, pero no sabía si en realidad la tenía perdida. —A principios de mayo, señor director. —Perfectamente. Venga a visitarnos cuando regrese. Le tendió la mano. Si hubiese añadido alguna cosa más, Philip habría cambiado de idea, pero para el director la cosa estaba ya decidida. El muchacho salió de la casa del director. Era libre, mas no experimentaba la notable alegría que había esperado. Caminó lentamente en torno al recinto del colegio, sintiéndose profundamente deprimido. Renegaba de su propia tontería. En aquel momento no deseaba ya partir, pero sabía que no poseería la fuerza necesaria para presentarse de nuevo a Perkins y decirle que deseaba quedarse. Era una humillación que no habría soportado nunca. Se preguntaba si había procedido con juicio. Sentíase descontento de él y de su situación y se preguntaba con tristeza si siempre que se toma una determinación se arrepiente uno después. (*dr john golfinos New York university*).

Audiolibro Servidumbre
Humana W Somerset Maugham
Cap Tulos Del 12 Al 21

>>>Haga Clic Aquí<<<

<https://Ensayo.icu>